

PQ
7298
16
U22
I8

CORNELL
UNIVERSITY
LIBRARY.

LA ISLA DE LOS HUEVOS

(UN CUENTO TERCERmundista)



C.P. RICARDO DE LA FUENTE IBARRA

4.⁹⁵

LA ISLA DE LOS HUEVOS

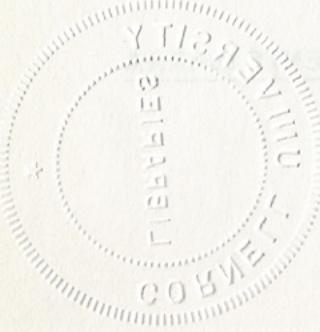
(UN CUENTO TERCERMUNDISTA)

C. P. RICARDO DE LA FUENTE IBARRA



PQ
7298
.16
U22
I8

Los hechos y personajes de esta obra
son ficticios.
**Cualquier semejanza con hechos o personas reales,
es una verdadera
VERGUENZA.**



LA ISLA DE LOS HUEVOS

Autor:
Ricardo de la Fuente Ibarra C. P.

Diseño e ilustraciones: Rubén Curiel R.

© 1977, Editorial de Métodos y Sistemas,
S. A. de C. V.

Medellín 150 2o. Piso
México 7, D. F.

Impreso en los talleres de
Ediciones Culturales Mexicanas, S. A.
Gabino Barreda No. 93
Méjico 4, D. F.
1977

Ninguna parte de este libro se puede reproducir en cualquier forma sin el permiso escrito de la casa editora.

Reservados todos los derechos.

Todos los personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

EL AUTOR Y SU OBRA

Don Ricardo de la Fuente Ibarra, autor de esta graciosa e ilustrativa historia, es un luchador en el más amplio significado del vocablo, y un defensor de la justicia y del derecho, sólo que a diferencia del ilustre manchego que inspirara a don Miguel de Cervantes Saavedra, don Ricardo no cabalga lanza en riestre, por los amplios caminos de la Patria, sino que litigia en los tribunales en defensa de su razón y golpea fuerte a los concubinadores del derecho con argumentos que hieren tanto o más que la espada.

Preocupado por la deplorable situación presente de la Patria, don Ricardo escribió algo más que un cuento o una novela, por más que las características de su obra coincidan con las de dichos géneros literarios. "La Isla de los Huevos" es un original tratado de economía política, escrito con ingenio y sentido del humor para facilitar a los lectores la comprensión de algunos de los muy complejos problemas que aquejan a los países.

La isla imaginaria donde ocurren los sucesos que el autor narra con un estilo sencillo y asequible, es un microcosmos con todos los ingredientes de una moderna sociedad, con sus virtudes y sus defectos, las que al ponérse en juego en forma irracional, como suele ocurrir tan a menudo en la realidad, producen consecuencias lamentables.

El libro de don Ricardo de la Fuente Ibarra ilustra mejor que cualquier obra seria las funestas consecuencias que inevitablemente se obtienen de la demagogia, y explica en cierto modo la causa por la cual nuestro país, no obstante sus grandes posibilidades de riqueza, se debate en la pobreza y la ignorancia.

Fenómenos tan difíciles de entender como la inflación, la carestía, la pérdida de poder adquisitivo de la moneda, la devaluación, la productividad, la descapitalización, etc., pueden comprenderse tras de leer esta original y divertida obra, pequeña en extensión pero grande en ambiciones y significado.

El autor se recibió de contador público en la Escuela Superior de Comercio y Administración del Instituto Politécnico Nacional. Posteriormente impartió en dicho plantel la cátedra de "Organización Contable de las Empresas". Es fundador del "Instituto de Organización Integral", A. C.

Pero el que habla en esta obra, no es ni el catedrático, ni el economista, ni el perito contable, sino un escritor lleno de inquietudes, que trata de ilustrar a sus compatriotas con ejemplos ingeniosos y comprensibles.

CONTENIDO

I	LA GRAN NOTICIA:	
	UN PAÍS SIN CORRUPCIÓN	9
II	LOS PRIMEROS POBLADORES	15
III	EL COMERCIO MEDIANTE EL TRUEQUE	19
IV	EL PAPEL MONEDA	25
V	EL PRIMER GOBIERNO	31
VI	LOS GOBIERNOS CORRUPTOS Y EL PAPEL MONEDA	35
VII	LOS COMERCIANTES	43
VIII	LOS ESTUDIANTES	49
IX	LOS NUEVOS RICOS	55
X	LA CORRUPCIÓN DE EMPRESARIOS	59
XI	TEORÍA DE LA RELATIVIDAD MONETARIA	75
XII	LOS SINDICATOS	81
XIII	LA REGULACIÓN DE PRECIOS	89
XIV	LA REPARTICIÓN DEL PAÍS	103
XV	LA LÓGICA CAMPESINA	109
XVI	LA LUCHA	119
XVII	LA VICTORIA	127

México, D. F., septiembre 30 de 1977

Lic. Octavio Colmenares V.

LA GRAN NOTICIA: UN PAIS SIN CORRUPCION



La noticia causó revuelo. Todos los periódicos comentaban con grandes titulares el suceso. Parecía increíble que en pleno siglo veinte aún existieran tierras desconocidas. Sin embargo, no había duda: existía un archipiélago en las regiones australes del Pacífico, del cual hasta hoy se tenía noticia.

Lo más sorprendente del archipiélago era la cantidad de pobladores que, en número que superaba a los dos millones, vivían en abundancia y armonía casi absolutas en un territorio relativamente pequeño. Sin dictaduras, sin pugnas por el poder, sin inflación monetaria y... sin corrupción estatal, a pesar de que, sin lugar a dudas, los habitantes de aquel archipiélago descendían de un grupo de mexicanos (Nueva España) extraviados en el océano hacía más de dos siglos.

El mercantilismo periodístico hizo que tan inusitada convivencia humana fuera —como noticia— explotada al máximo. Todo el mundo deseaba conocer los detalles de tal armonía; en qué se fundaba; cuál era su

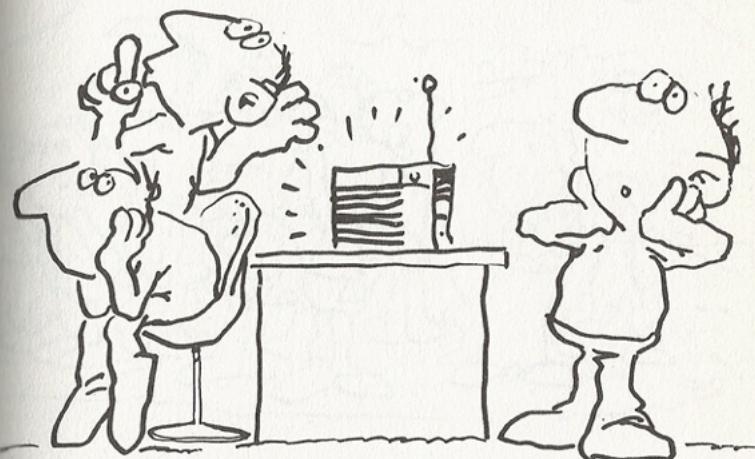
historia; cuál su economía; cuál su futuro; y demás información al respecto.

Muy pronto la isla se vio invadida por un enjambre de reporteros provenientes de todo el mundo. Los gobiernos de los principales países enviaron a sus respectivos representantes y, con éstos, a sus más ilustres sociólogos para conocer detalladamente la evolución socioeconómica de la isla.

Entre toda la información que se recibió del archipiélago, una fue la que mayor extrañeza causó: En la isla no existía ganado alguno, ni vacuno, ni caballar, ni porcino, ni caprino, ni de ninguna clase y, sin embargo, había abundantes alimentos para todos, entre los que destacaban las aves y, sobre todo, los huevos.

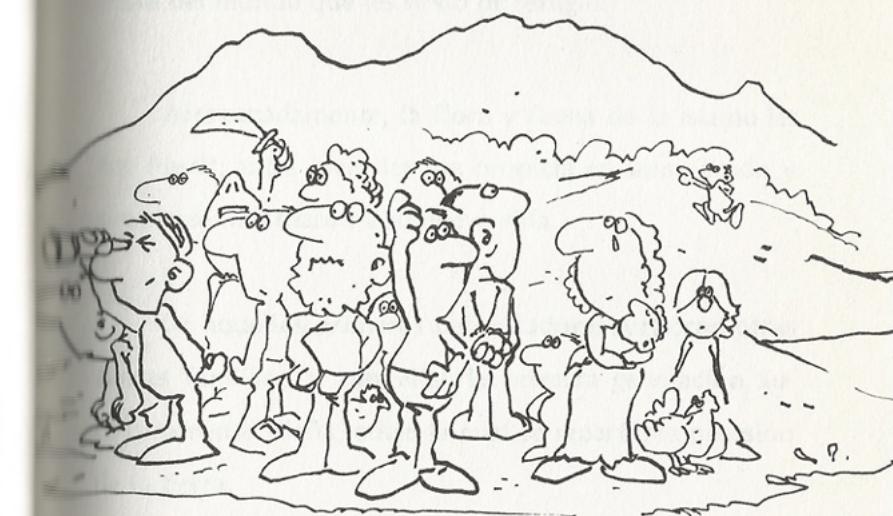
Poco a poco se fue conociendo la historia del archipiélago, cuya capital se encontraba en una isla principal; en la Isla de los Huevos, como la llamaban los habitantes del lugar.

En principio se supuso que se le había dado este nombre en honor a tan preciado alimento. No era así. El nombre le venía de la única y sangrienta confrontación civil que había padecido la pequeña nación en más de dos siglos de existencia.



CAPITULO II

LOS PRIMEROS POBLADORES



Todo empezó el 19 de mayo de 1733, en cuya hermosa mañana zarpó del puerto de Acapulco un pequeño navío con rumbo al Asia. A medio trayecto, ya en altamar, una tormenta atrapó a la velera embarcación y la desvió de su curso hacia latitudes del Océano Pacífico fuera de toda ruta marítima. Los tripulantes, con los instrumentos dañados y sin conocimientos náuticos suficientes, buscando la vía de regreso se fueron internando más y más en las inmensidades del océano, hasta llegar a una isla totalmente aislada y desconocida del resto del mundo que les sirvió de refugio.

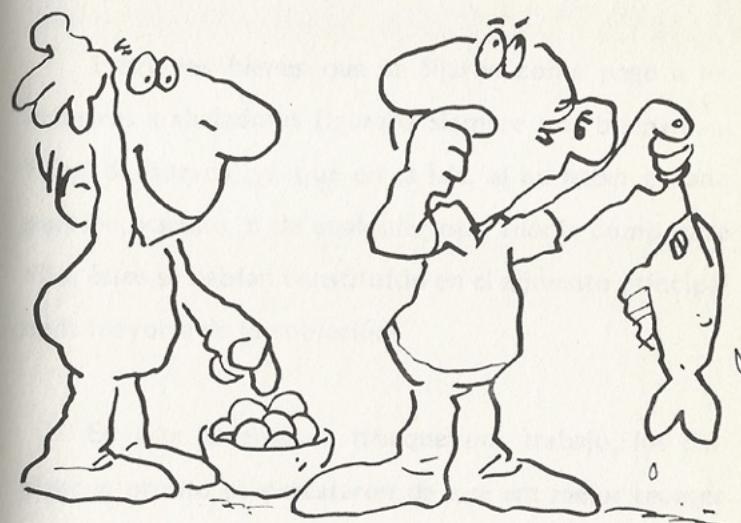
Afortunadamente, la flora y fauna de la isla no les fue hostil; antes bien, les fue propicia en sumo grado y pronto se habituaron a su nueva vida.

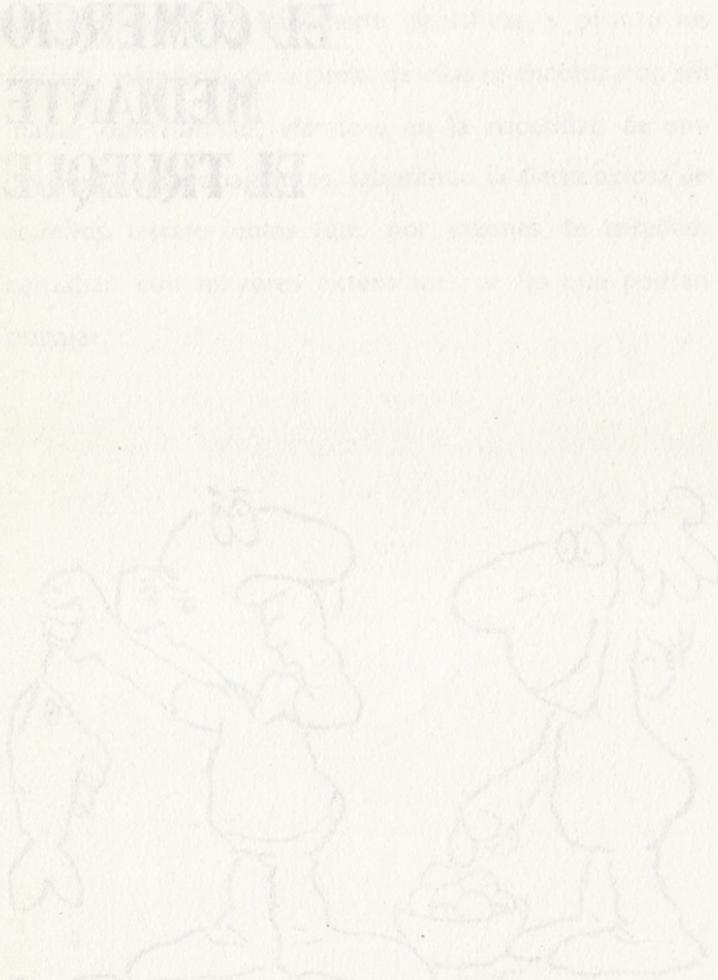
De aquellos primeros colonizadores surgieron otras tantas familias, y con ellas la primera generación auténticamente isleña, entre la cual se repartió la posesión de la tierra.

Siendo en principio las extensiones de tierra vastas

EL COMERCIO MEDIANTE EL TRUEQUE

y generosas, el campo se fue repartiendo de padres a hijos en porciones más pequeñas; sin embargo, no todas las familias fueron igualmente prolíficas, y pronto los últimos miembros de algunas de ellas se encontraron sin mayor oportunidad, viéndose en la necesidad de emplearse como trabajadores, laborando la tierra ociosa de aquellos terratenientes que, por razones de heredad, contaban con mayores extensiones de las que podían trabajar.

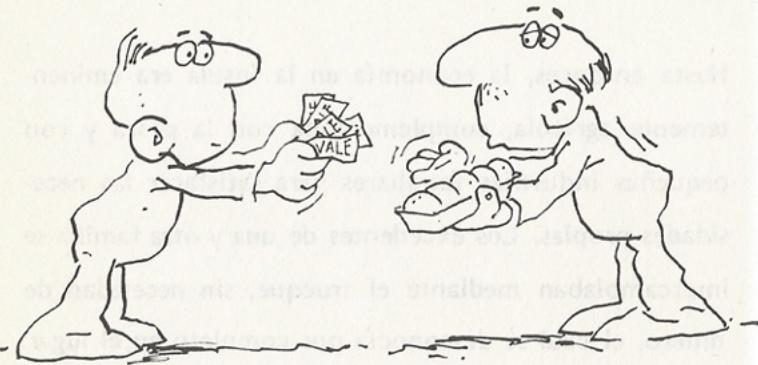




Hasta entonces, la economía en la ínsula era eminentemente agrícola, complementada con la pesca y con pequeñas industrias familiares para satisfacer las necesidades propias. Los excedentes de una y otra familia se intercambiaban mediante el trueque, sin necesidad de dinero, el cual se desconocía por completo en el lugar. Por esta razón, cuando se vieron en la necesidad de fijar un salario a los primeros trabajadores, éste se señaló en determinada cantidad de bienes por cierto número de días trabajados.

Entre los bienes que se fijaron como pago a los primeros trabajadores figuraba siempre una buena cantidad de huevos, ya que en la isla, al no haber ganado porcino, vacuno, o de cualquier otra índole como ya se dijo, éstos se habían constituido en el alimento principal de la mayoría de la población.

En este sistema de trueque por trabajo, los empleados pronto se percataron de que era mejor recoger los huevos que constituían parte de su salario hasta el momento en que los iban a consumir, ya que de esta



forma no se les echaban a perder o, cuando menos, podían consumirlos más frescos. Habiendo accedido los patrones, éstos a su vez se encontraron con la dificultad de llevar la cuenta de los huevos ganados contra los pagados, por lo que optaron por entregarles una serie de vales que, fraccionados, les permitía retirarlos poco a poco. Así, por ejemplo, si por una jornada de veinte días un trabajador, entre otras cosas, tenía derecho a doscientos huevos, se le entregaban veinte vales por diez huevos cada uno.

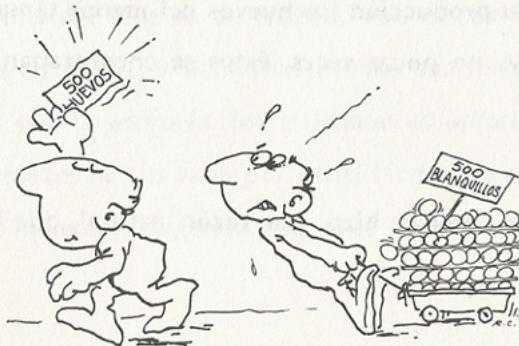
Dentro del sistema de trueque con el cual se comerciaba en la isla; y siendo los huevos una mercancía aceptada por la mayoría, los trabajadores optaron por cambiar partes de sus vales por otros bienes, ya que así se evitaban andar cargando con unas mercancías para

cambiarlas por otras. Esta comodidad, y la necesidad de los trabajadores de consumir tan preciado alimento, provocó que en los contratos de trabajo figuraran mayor cantidad de huevos (y sus respectivos vales), a cambio de otros satisfactores. Con el tiempo, pronto se generalizó que la totalidad del salario se fijara en determinada cantidad de huevos, y para facilitar el trueque, los vales se entregaron amparando diversas cantidades de ellos. Así, en la isla empezaron a circular vales de un huevo, de cinco, de diez, de cien y hasta de mil huevos. La propia comodidad de estos vales para cambiarlos por otras mercancías hizo que pasaran de unas manos a otras, tardando mucho tiempo en hacerse realmente efectivos al emisor, circunstancia que aprovecharon muchos de ellos para emitir más vales de los que podían cubrir. Por otro lado, al momento en que se les hacía efectivo el compromiso, los emisores de los vales seleccionaban entre su producción los huevos del menor tamaño para pagar y, no pocas veces, éstos se encontraban en mal estado.

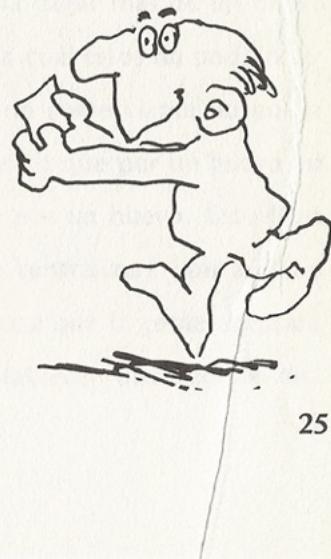
Lo anterior hizo, por razón natural, que los vales

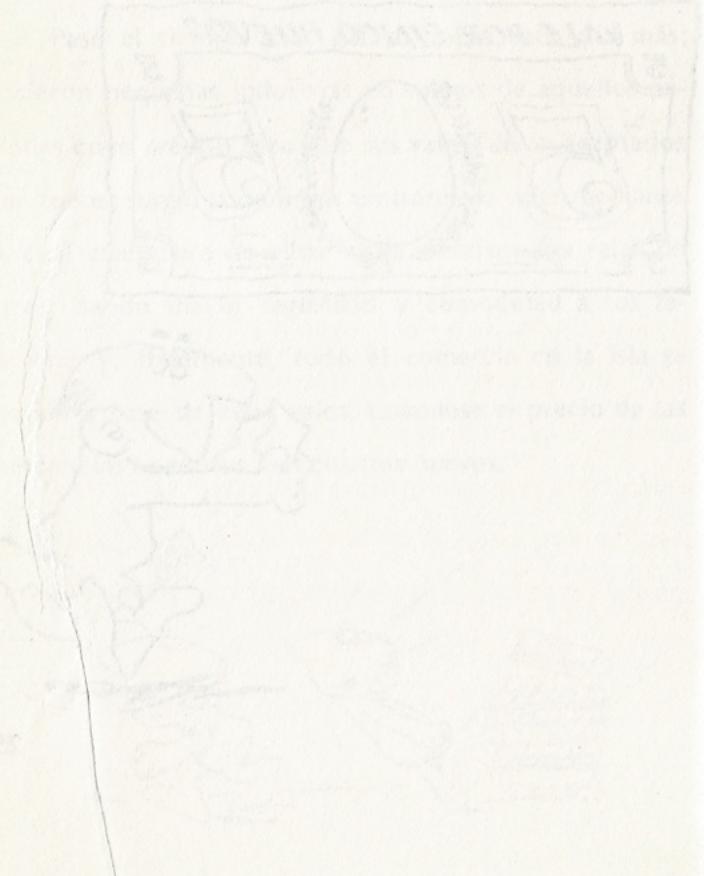
fueran mayor o menormente aceptados en relación al prestigio de sus emisores, llegando la situación al extremo de que en toda la isla, finalmente, sólo se aceptaran los vales de dos o tres patronos, los cuales mantuvieron su prestigio contra toda situación de duda, especificaron el peso mínimo de los huevos en cada vale, y establecieron como norma inflexible el cubrirlos de inmediato.

Pasó el tiempo y la isla se pobló cada día más; nacieron pequeñas industrias en manos de aquellos patronos cuyo crédito hizo que sus vales fueran aceptados por todos; surgió la unión de emisores de vales mediante la cual cualquiera de ellos hacía efectivos los vales de otros, dando mayor seguridad y comodidad a sus tenedores y, finalmente, todo el comercio en la isla se realizó a base de estos vales, tasándose el precio de las mercancías en tantos más cuantos huevos.



EL PAPEL MONEDA



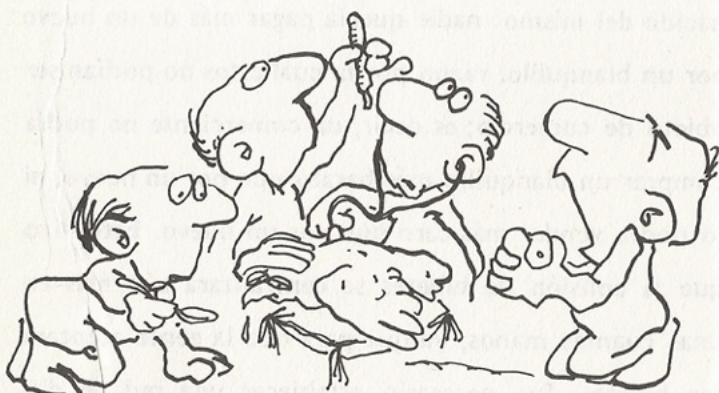


No existiendo ganado vacuno ni porcino, los huevos continuaron siendo el principal alimento en toda la isla; los vales se convirtieron en billetes formales y en moneda fraccionada; los patronos mantenían su "fábrica de dinero" con grandes y bien equipadas granjas avícolas; el progreso se hizo patente en toda la isla y, finalmente, se descubrieron y poblaron otras islas circunvecinas.

Si los billetes amparaban huevos, fue lógico que el precio de todas las mercancías se mencionara también en huevos; así que cuando se querían adquirir realmente éstos para su consumo, a la gente le dió por llamarlos "blanquillos" para diferenciar unos de otros. Pues bien, al generalizarse el sistema, se suscitó otro problema nacido del mismo: nadie quería pagar más de un huevo por un blanquillo, razón por la cual éstos no podían ser objeto de comercio; es decir, un comerciante no podía comprar un blanquillo más barato que por un huevo, ni lo podía vender más caro que por un huevo. Esto hizo que la emisión de billetes se centralizara aún más en unas cuantas manos, ya que para que la gente aceptara los billetes, fue necesario establecer una red de dis-

tribución a través de todos los comerciantes que quisieran ganarse una comisión; de esa manera el valor de los billetes se conservó en su real poder adquisitivo.

En una ocasión hubo una epidemia avícola y el sistema pareció resquebrajarse; sin embargo, se hizo un llamado a la población para que limitara el consumo de huevos a lo indispensable; los patrones equiparon numerosas lanchas de pesca y, momentáneamente, cambiaron el talón de la moneda de huevos a pescados, con lo cual no sólo se sorteó la crisis, sino que también se creó otra fuente de alimentación en manos de los patrones.

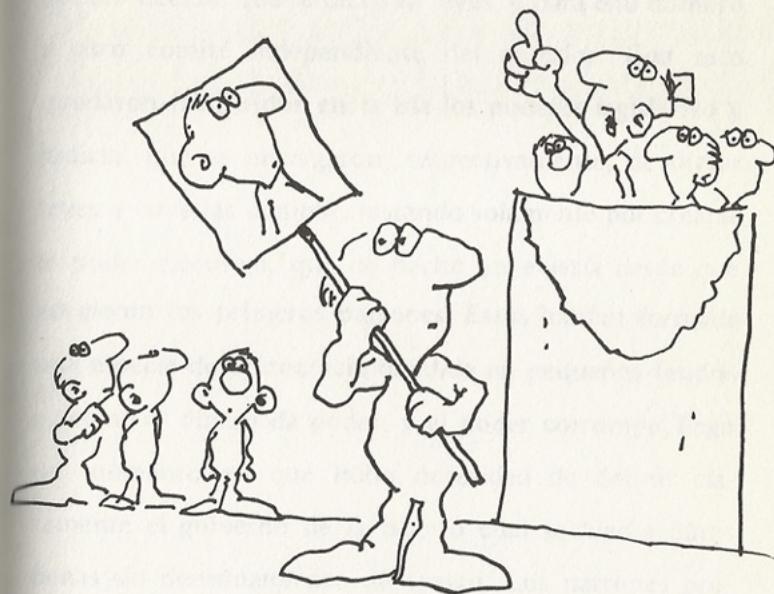


Dentro de este sistema económico tan sui generis los precios se mantuvieron más o menos estables, ya que dicho sistema se encontraba basado en la adquisición segura de un satisfactor que todos necesitaban y podían conseguir con toda seguridad contra la entrega de billetes. Si las otras mercancías se escaseaban o abundaban, su precio subía o bajaba conforme a la oferta y la demanda, pero siempre conforme a una comparación real con la utilidad que para cada consumidor representaban los huevos; es decir, los billetes amparaban siempre un satisfactor bien determinado, susceptible de comparar contra otros. Si en un momento dado la producción de huevos era abundante y, por lo tanto, se producía más de lo que el pueblo consumía, a falta de refrigeración se fomentaba el consumo de las aves, lo cual sucedía entre los meses de febrero y abril. Sucedió que a medida que se fue organizando la producción de otros bienes, éstos fueron bajando de precio, dentro de una economía en la cual la emisión de billetes correspondía a la producción necesaria del principal alimento.

Esta estabilidad monetaria encauzó la natural ten-

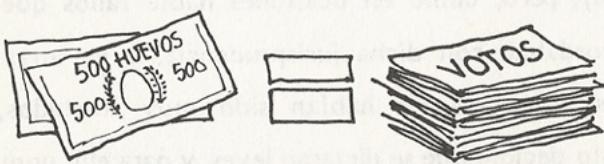
EL PRIMER GOBIERNO

dencia de las personas a reservar recursos, ya que en vez de guardar semillas o huevos y otros bienes deteriorables podían guardar billetes, con la seguridad de que más adelante podrían adquirir con ellos igual o mayor número de bienes. Esto, a su vez, dió origen a dos o tres bancos que captaron los ahorros de la población, financiaron nuevas industrias, y aumentaron el índice de vida del pequeño archipiélago.



Para esto, desde que se suscitó el problema de los vales sin fondos, se decidió establecer un comité que arbitrara sobre todo tipo de controversias, éste funcionó primeramente bajo el criterio de sus integrantes, y a medida que rindió sus fallos se fue creando una especie de jurisprudencia (antecedentes de problemas, juicios y fallos); pero, como en ocasiones había fallos que no concordaban con dicha jurisprudencia, y en otras los fallos anteriores no habían sido muy acertados, el pueblo decidió que se dictaran leyes, y para ello nombró a otro comité independiente del anterior. Con esto quedaron instituídos en la isla los poderes legislativo y judicial que se encargaron, respectivamente, de dictar leyes y hacerlas cumplir, restando solamente por crearse el poder ejecutivo, que de hecho ya existía desde que surgieron los primeros patrones. Estos habían formado una especie de plutocracia dividida en pequeños feudos y, como el dinero da poder, y el poder corrompe, llegó un momento en que hubo necesidad de definir claramente el gobierno de la isla, lo cual se hizo a duras penas sin derramamiento de sangre. Los patrones propusieron un candidato y amenazaron con cerrar las

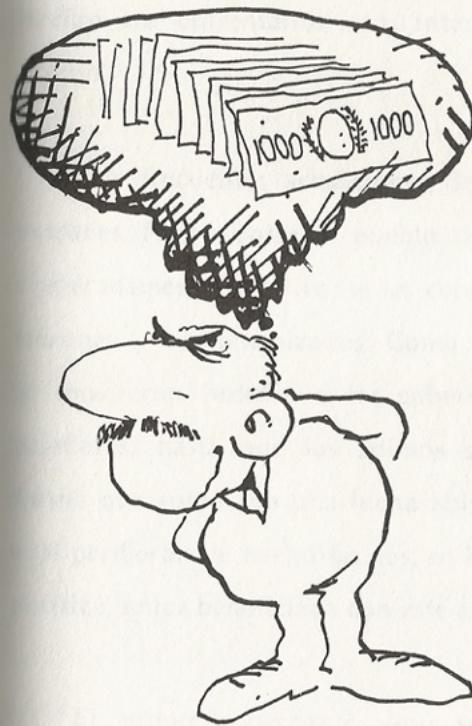
fábricas si no salía electo, y los trabajadores hicieron otro tanto, amenazando con no presentarse a trabajar. Finalmente, como era natural, el dinero compró los votos necesarios y el primer gobierno formalmente constituido quedó en manos de la casta patronal.

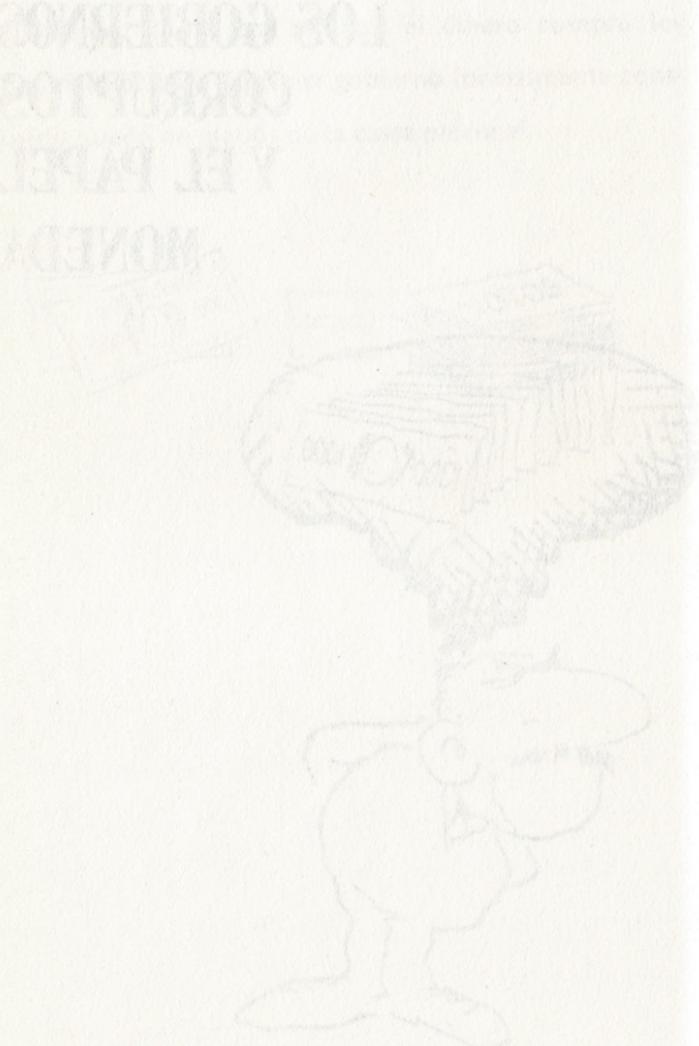


Y cuando se dio la victoria a un candidato que no era ni mucho menos lo que se esperaba, se vio que el resultado no era otra cosa que el resultado que se había querido obtener en el día de votación. Los dueños de las empresas y los propietarios de los negocios, los oficiales del Estado, los dirigentes sindicales y los jefes de las fuerzas armadas se dieron cuenta de que el resultado obtenido era más que un simple golpe. La victoria obtenida había sido una victoria real, una victoria definitiva que había logrado su objetivo final. Los dueños de las empresas y los propietarios de los negocios, los oficiales del Estado, los dirigentes sindicales y los jefes de las fuerzas armadas se dieron cuenta de que el resultado obtenido era más que un simple golpe. La victoria obtenida había sido una victoria real, una victoria definitiva que había logrado su objetivo final.

CAPITULO VI

LOS GOBIERNOS CORRUPTOS Y EL PAPEL MONEDA





Aquella situación política, en un principio con bandos tan bien definidos, se fue distorsionando hasta que los poderes cayeron en manos de un grupo de hábiles demagogos que hicieron de la política su profesión. Estos no pertenecían ni a la clase trabajadora ni a la patronal, razón por la cual no cuidaban los intereses de ninguna de estas dos clases; sin embargo, fingían que protegían a unos y a otros, cuando en realidad lo que hacían era enfrentarlos constantemente, en beneficio propio.

Las frecuentes acusaciones del Estado contra los patrones formó entre el pueblo una imagen de ellos exageradamente negativa; se les consideró explotadores, ladrones y deshumanizados. Como consecuencia, éstos se mostraron hostiles a los gobernantes y a los trabajadores, hasta que los ánimos se caldearon en tal forma que sobrevino una lucha abierta de clases en la cual perdieron de hecho las dos, en beneficio de la casta política, única beneficiada con este ambiente social.

El grupo gobernante —no trabajador, no em-

prendedor, tan ignorante en las artes administrativas como lo son los abogados, y tan poco productivos como lo son los líderes obreros— pronto se dio cuenta de que no podría prescindir de los empresarios para mantener la estructura económica y social de la isla; ni de los trabajadores para mantenerse en el poder, así que buscó la forma de debilitar a los primeros para hacerlos menos peligrosos, y de congraciarse con los segundos para afianzarse en su posición.

La solución resultó lógica y fácil, obrando como *La Magnífica*, le quitó la tierra a los poderosos y la repartió entre sus incondicionales, con el beneplácito de quienes resultaron beneficiados, aún cuando muchos de ellos ni eran campesinos, ni estaban dispuestos a trabajar la tierra. Hecho el reparto, el Estado dejó a los nuevos e improvisados agricultores a la buena de Dios, con las consecuencias lógicas en perjuicio de la economía agrícola de las ínsulas.

Como segunda medida nacionalizó las enormes granjas avícolas que respaldaban los billetes pagaderos

en huevos, abrió su propio banco central, emitió sus propios billetes, y desconoció por completo los anteriores, prohibiendo inclusive su circulación. Como quien dice, al grito de “*aquí ya no hay más huevos que los míos*”, cambió de golpe y porrazo el sistema monetario de la isla.

Hubo protestas, mítines, marchas, y demás manifestaciones que hacen sentir que un pueblo aún está consciente de sus derechos; empero, el gobierno capoteó la situación con un estribillo que le venía dando muy buenos resultados: “*Eso se hizo para beneficiar a los pobres —dijo— quitándoles a los ricos un poco de lo mucho que tienen*”.



— ¡Cierto! —respondieron los paleros y repitieron los ignorantes— ¿dónde están los billetes sino en poder de los ricos? entonces . . . ellos salen más perjudicados que nosotros.

La lógica de los desheredados está muy distorsionada por sus frustaciones, por sus privaciones y, sobre todo, por la falta de cultura, incubándose en ellos un rencor que los mismos poderosos se encargan de alimentar con sus arrogancias y abusos, así que no es de extrañar que éstos acepten con agrado que se les quite algo si se les dice que los ricos van a resultar más perjudicados, sin ponerse a pensar que lo uno no es razón para lo otro, y que en todo caso unos y otros resultan igualmente perjudicados, ya que se les quita en proporción a lo que a cada uno se le puede quitar. Como quiera que sea, de las protestas se pasaron a los aplausos, y la emisión de billetes quedó definitivamente en manos del estado, quien empezó a emitir billetes nuevecitos con una leyenda que decía “El Banco Central pagará X cantidad de huevos a la vista al portador”.

Por último se fijaron los nuevos impuestos, que resultaron más altos para toda la población, pero en especial, se impusieron tasas superiores a las personas que más ganaban, con lo cual la casta gubernamental se acabó de fortalecer,

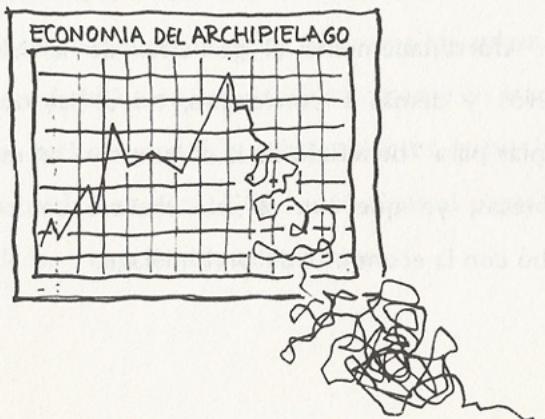
Si alguna vez el pueblo trató de protestar, se les repitió el mismo estribillo de “Eso se hizo para beneficiar a los pobres, quitándoles a los ricos un poco de lo mucho que tienen”.

— ¡Cierto! —decían los paleros y repetían los ignorantes— ¿Quiénes ganan más sino los ricos? entonces . . . ellos salen más perjudicados que nosotros, y no importa que a nosotros nos graven más que antes.

Afortunadamente al gobierno de la Isla de los Huevos y demás circunvecinas, no se les ocurrió expropiar para “beneficio de la comunidad” al resto de las empresas, ya que con el solo manejo de los billetes acabó con la economía del archipiélago.

Con el desconocimiento de los billetes anteriores, el gobierno tuvo un margen muy amplio para emitir en no menos de tres meses una cantidad enorme de sus propios billetes, contrató obras, adquirió bienes, montó oficinas y contrató grupos de represión entre la escoria de la población.

Sin embargo las granjas avícolas —puestas en manos de ineptos— no alcanzaron ni con mucho la producción acostumbrada. El suministro diario de las miles de cajas de blanquillos que se ponían en manos de los comerciantes para recoger los billetes empezó a fallar. El descontento no se hizo esperar, el pueblo exigió que se le pagaran sus huevos, y se estaban organizando algunas manifestaciones cuando salió un reglamento que los obligaba a pedir y conseguir el permiso del Estado para poder realizarlas, el cual desde luego no se les concedió.



LOS COMERCIANTES



Intuyeron los gobernantes que la negación de permisos sólo detendría momentáneamente el problema, a menos que pronto encontraran a un chivo expiatorio. Había que echarle rápido la culpa a alguien, soslayar las responsabilidades, y canalizar el efervescente disgusto del pueblo hacia otros culpables. En pocas palabras, había que echar cristianos a los leones para apaciguar al pueblo.

Esta vez les tocó a los comerciantes; pequeños o grandes, ricos o pobres, honrados o no, todos fueron incluídos en la denuncia que el gobierno hizo al pueblo: "Los comerciantes ocultan los blanquillos".

Se clausuraron algunos negocios a los cuales se les encontraron veinte o treinta blanquillos, sin valer el argumento de que eran para el consumo propio. Por razones parecidas se impusieron multas. El gobierno fue inflexible.

Antes de avergonzarse de proceder en esa forma,

hizo grandes declaraciones al pueblo en el sentido de que lo hacía para defender a los pobres.

— ¡Cierto! —dijeron los paleros y repitieron los ignorantes— los comerciantes se llevan muchas ganancias a costa del pueblo; que se les castigue por ocultar los blanquillos. ¡Ellos son los culpables de la crisis!



Ganada esta última escaramuza política, el gobierno pidió a los ciudadanos que momentáneamente siguieran usando los billetes entre sí, a reserva de

corregir lo antes posible la situación a través de una cadena gubernamental de tiendas, desde donde se canjearían los huevos. Formada esta cadena, se dedicó a comprar todos los blanquillos que pudo entre los isleños, para lo cual lo único que tenía que hacer era imprimir más y más billetes.

No fue posible, desde luego, que la producción rústica de blanquillos siquiera se asemejara a la sistematizada y, por otro lado, cuando el pueblo aceptó tan descabellada solución, el gobierno de la isla dejó de preocuparse por producirlos, así que ya nada lo detuvo en la emisión constante de billetes.

El dinero abundó, parecía una competencia en la cual unos se dedicaban a producir satisfactores y otros a producir billetes para quitárselos. Pronto un blanquillo costó un huevo y la mitad de otro, después dos huevos, más adelante tres, y así en lo sucesivo. Al haber muchos huevos por parte de unos cuantos, y pocos blanquillos por la otra, éstos fueron subiendo de

LOS ESTUDIANTES

precio junto con el resto de los bienes. En pocas palabras, se desató una carrera inflacionaria debida al exceso de papel moneda, ya que mientras unos producían satisfactores, otros se dedicaban solamente a producir billetes para comprarlos.



Cuando cada blanquillo llegó a costar ocho huevos, los estudiantes, la juventud intelectual de la isla, analizó la situación hasta llegar a las siguientes conclusiones que hicieron públicas.

- 1a. Antes un blanquillo valía un huevo, porque quienes emitían los billetes se comprometían a cambiar éstos por blanquillos. Con esta seguridad de cambio, los precios de las demás mercancías se fijaban en función de comparar el beneficio de otros bienes con el desprendimiento de tantos más cuantos blanquillos.
- 2a. Desde que el papel moneda circuló por decreto —sin mayores responsabilidades para el Estado—, éste ha emitido cuantos billetes ha querido para comprar los bienes y satisfactores que no ha producido.
- 3a. Al haber muchos billetes en manos de la población, todos tienen aparentemente la posibilidad de comprar los blanquillos y demás bienes que

necesitan, pero al haber tanta gente sin trabajar, los bienes se escasean, y los pocos que quedan para el consumo del pueblo se cotizan a muy alto precio, ya que la gente no se puede comer los billetes, y prefiere cambiar éstos en cualquier cantidad por los pocos bienes que quedan a su alcance.

- 4a. El Estado —si no puede producir los blanquillos necesarios para cambiar cada huevo emitido— debe limitarse, cuando menos, a gastar los huevos que recibe a través de impuestos. Todo exceso entre los impuestos cobrados y los gastados representa un abuso de compra que afecta a quienes producen los bienes..

- 5a. Al pueblo le cuesta mucho trabajo producir bienes y satisfactores, para que una casta de huevones (emisores de billetes amparando huevos) se los cambie por simple papel.

Pronto se hizo sentir que los estudiantes re-

presentaban una seria amenaza para los gobernantes. Interesados éstos en mantener su posición parásita, llegaron para sus adentros a la conclusión de que había que apaciguarlos.

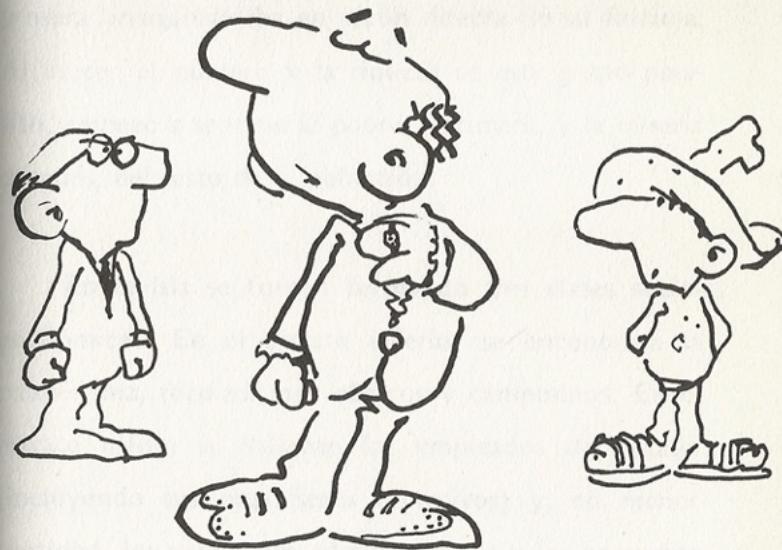
Este nuevo problema lo resolvió el estado incrustando poco a poco, en los puestos directivos de los centros de enseñanza, a sus incondicionales. Estos directivos, a su vez, haciendo uso de su autoridad y de los recursos del pueblo, crearon dentro de las escuelas una serie de grupos nocivos de seudoestudiantes —que el pueblo llamó (como en México) “porros”— y que, incrustados entre los estudiantes verdaderos, se dedicaron a sabotear el funcionamiento de estas instituciones. Finalmente el estado declaró que ante la anarquía de los estudiantes y la situación económica tan apremiante, provocada por empresarios y comerciantes, le era imposible mantener un sistema de enseñanza gratuita, como hasta la fecha lo había sido, razón por la cual los estudios de los jóvenes tenían que ser pagados, mitad por el estado y mitad por ellos.

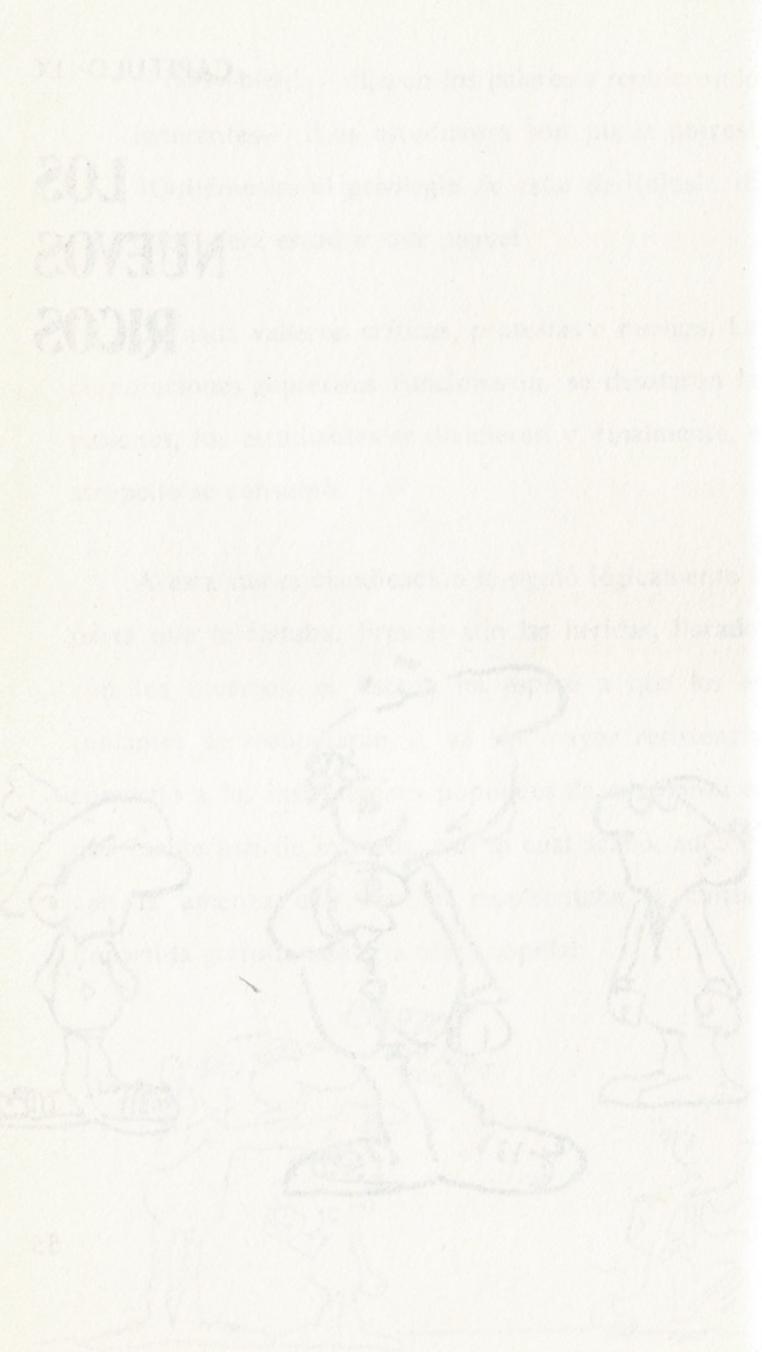
LOS NUEVOS RICOS

— ¡Muy bien! —dijeron los paleros y repitieron los ignorantes— ¡Los estudiantes son puros porros! ¡Quitémosles el privilegio de estar de flojos! ¡El que quiera estudiar que pague!

De nada valieron críticas, protestas o huelgas. Las corporaciones represivas funcionaron, se desataron las pasiones, los estudiantes se dividieron y, finalmente, el atropello se consumó.

A esta nueva claudicación le siguió lógicamente la parte que le faltaba. Frescas aún las heridas, llorados aún los muertos, el Estado no esperó a que los estudiantes se recuperaran y, ya sin mayor resistencia, convirtió a las instituciones populares de enseñanza en una fuente más de ingresos, con lo cual acabó, además, con la amenaza que para él representaba la cultura impartida gratuitamente, a nivel popular.





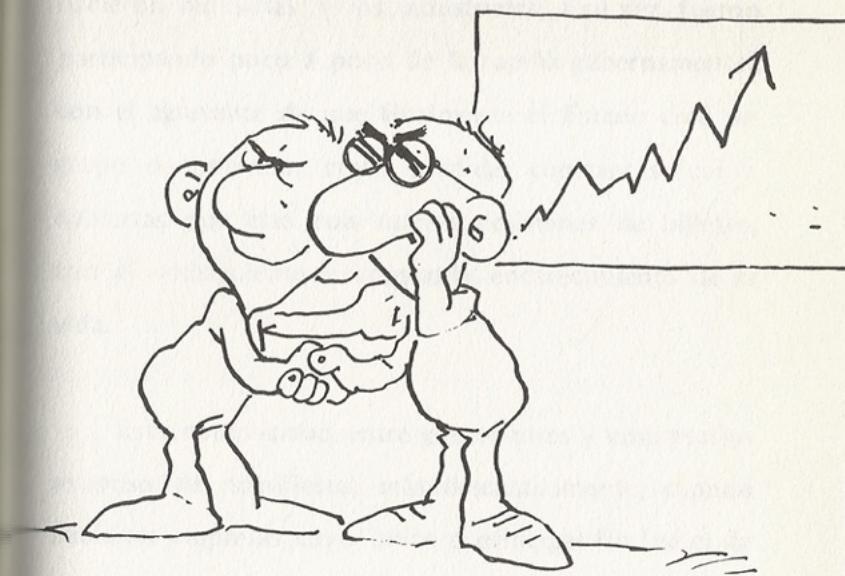
En una situación así, destruida la conciencia cívica de los isleños, el cohecho y la extorsión empezaron a cundir hasta enseñorearse en la isla. Las ambiciones personales de los influyentes se hicieron poco a poco más desmedidas y descaradas, hasta formar una verdadera mafia. No hubo maniobra ilegal que no realizaran, ni forma de represión a la que no recurrieran para mantener sus privilegios.

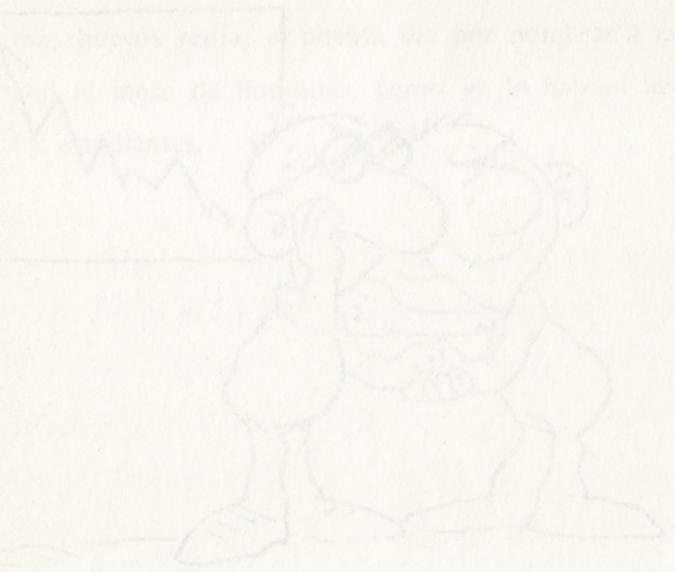
Pronto apareció en las islas una clase social de nuevos ricos, más poderosa que la empresarial, cuya grosera arrogancia iba en razón directa de su fortuna. Al crecer el número y la riqueza de este grupo parásito, empezó a sentirse la pobreza primero, y la miseria después, del resto de la población.

En la isla se fueron formando tres clases socioeconómicas: En el estrato inferior se encontraba la paupérrima, formada por obreros y campesinos. En el estrato medio se hallaban los empleados del estado (incluyendo sus organismos represivos) y, en menor cantidad, los empleados administrativos y los pequeños

LA CORRUPCION DE EMPRESARIOS

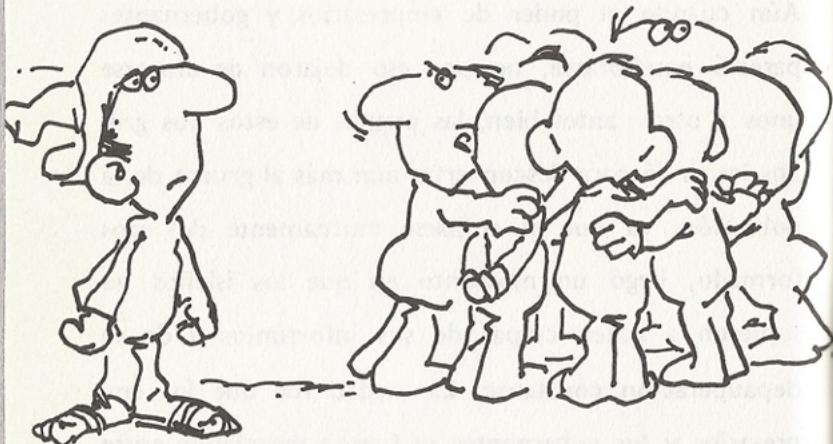
terratenientes que habían logrado salvar sus propiedades agrícolas. Finalmente, en la cúspide se encontraban los poderosos, la clase social formada por los gobernantes y los empresarios, mismos que finalmente llegaron a coludirse. Los primeros formaron un partido con la falsa intención de proteger a los pobres de los empresarios, y los segundos —sintiéndose indispensables para la economía de la isla— formaron una asociación que los hizo lo suficientemente fuertes como para imponerle condiciones al Estado. Siendo el huevo la medida monetaria, y siendo esta clase la que más huevos tenía, el pueblo dio por nombrar a éstos con el mote de huevones, como ya lo habían hecho los estudiantes.





Aún cuando el poder de empresarios y gobernantes pareció equilibrarse, no por eso dejaron de atacarse unos a otros; antes bien, las pugnas de estos dos grupos les sirvió para desconcertar aún más al grueso de la población, ya que al culparse mutuamente del caos formado, llegó un momento en que los isleños no supieron a quien culpar de sus infortunios y de su depauperación constante. La verdad fue que los empresarios y los gobernantes se fueron mezclando entre sí, de las fortunas mal habidas de los gobernantes nacieron industrias; y los industriales, a su vez, fueron participando poco a poco de la rapiña gubernamental; con el agravante de que finalmente el Estado creó un grupo de empresas cuyas pérdidas constantes fueron cubiertas por éste con nuevas emisiones de billetes, con el consiguiente y constante encarecimiento de la vida.

Esta complicidad entre gobernantes y empresarios se puso de manifiesto, más descaradamente, cuando nacieron empresas cuyo único o principal fin fué el de venderle al Estado. Unos y otros acordaron las



transacciones a precios sumamente altos y se dividieron las utilidades excesivas a través de dádivas a los funcionarios, guardando más o menos una proporción de mitades en cuanto al excedente sobre el precio normal. De esta forma, unos y otros participaron en forma coludida del tan castigado presupuesto oficial de la isla. Hincháronse sus bolsas de huevos y viceversa.

La maniobra acabó por corromper a aquellos empresarios que se habían mantenido al margen del hurto, ya que fueron quedándose paulatinamente fuera de los negocios de la ínsula. El estado, al enseñorearse de las finanzas del lugar, dejó pocas posibilidades al

resto de las entidades económicas independientes, las cuales, de operar sólo con particulares, hubieran llegado irremediablemente a la quiebra. Sólo había un camino para la mayoría de éstos y, finalmente, o desaparecieron, o se amoldaron a la corrupción que ya campeaba con carácter de natural y obligada.

No por esto se terminó el antagonismo entre la clase patronal y los gobernantes, sólo que de ahí en adelante tomó matices tan absurdos que, si no fuera por la dolorosa miseria del pueblo, hubiera movido a risa. Los conceptos contradictorios y demagógicos que esgrimió el Estado en contra de la iniciativa privada llegaron al extremo de darle simultáneamente el papel de villano, redentor y socio. Por un lado se le acusó abiertamente de explotar a los trabajadores, y por el otro se le suplicaba que creara nuevas fuentes de trabajo; se le hizo responsable de la miseria del país, y después se le cominaba para que "tuviera conciencia del importante papel que desempeñaba en la economía del archipiélago"; se le señaló como egoísta, avorazada y enriquecida, para después hacer con ella un "pacto

para la producción”, mediante una inversión de cientos de miles de millones de huevos que, desde luego, emitió sin más ni más el Estado, agravando más la situación económica de la Isla de los Huevos y demás circunvecinas.

La iniciativa privada y el Estado desarrollaron intensas campañas para fomentar el ahorro del pueblo cuando éste ya no tenía nada que ahorrar, y los pocos que lo hicieron, pronto se dieron cuenta de que si cien huevos que ahorraban hoy podían haberse comprado una gallina, a los cuantos meses esa misma cantidad ya no les servía ni para comprar su molleja, con lo cual desistieron de sus intenciones previsorias.

Sin los ahorros del pueblo, el gobierno necesitó más que nunca de la fuerza emprendedora de la iniciativa privada, ya que de las empresas particulares era de donde salían los únicos recursos bien habidos para mantener sus instituciones y empresas estatales que cada día acusaban más pérdidas por la ineptitud con que las dirigía. Quisiéralo o no, se daba cuenta de que los trabajadores y el gobierno a duras penas subsistían

gracias a las empresas que manejaban sus propios dueños; sin embargo, en un ambiente por demás corrupto y confuso, donde el pueblo desechará toda idea de ahorro, la iniciativa privada (no se sabe si así se le llamaba por estar “privada” de su prestigio, derechos y garantías) ya no quiso comprometerse en aventuras económicas donde se le exigía y atacaba cualquiera que fuera su actitud. Si invertía huevos en un negocio, tenía que comprar autoridades para conseguir las chorromil autorizaciones y permisos que necesitaba; después tenía que coludirse con el Estado para poderle vender; más adelante, si a pesar de los altos impuestos lograba sobrevivir, se le tachaba de explotadora y deshumanizada, lo cual hasta cierto punto era verdad, toda vez que sólo con esas actitudes se podía sobrevivir en el archipiélago, como empresa.

Finalmente, la iniciativa privada se “amorcilló” y ya no hizo más inversiones ni buscó nuevos caminos, a pesar de que el Estado insistió en hacerla responsable del futuro del archipiélago, donde el desempleo se agudizó cada día más y más. A partir de entonces, el

pueblo sufrió no sólo a los ladrones oficiales, también padeció a los "no autorizados"; vió proliferar no sólo la prostitución de conciencias, también la prostitución de sus mujeres. Sufrió el hambre del cuerpo y del espíritu en tal grado que para sobrevivir, grandes sectores de la población se dedicaron a alabar a sus opresores y a condescender con sus arrogancias, sin sentirse humillados por ello, ya que era condición de supervivencia. Así nació la borregada para los mítimes de apoyo. El pueblo, empero, decía que más que "de a pollo" era "de a huevo", ya que cada vez que se prestaban para apoyar a tal o cual candidato se les daba una cierta cantidad de éstos; pero, si no lo hacían se les señalaba en sus comunidades políticas como malos elementos, con las consabidas represalias. Algunas de estas gentes, las más miserables se dedicaban entre elección y elección, a rascar los huevos que podían entre los poderosos para poder sobrevivir.



Una gran parte de la iniciativa privada, impedida y desplazada en los negocios lícitos, tomó también medidas para subsistir y conservar su fortuna. El aumento desbocado de precios afectaba también, lógicamente, a los bienes raíces, tales como terrenos y casas, que alcanzaron precios altísimos; por tal motivo, esta clase social se dedicó a hacer "negocios de viuda" construyendo casas y vecindades para arrendarlas. Así, además de disfrutar de un producto, las inversiones garantizaban que por mucho que se devaluaran los huevos, esta devaluación no les afectaría gran cosa. También aprendieron a "no poner todos los huevos en una canasta", y dividieron su fortuna en varias casas pequeñas o vecindades ínfimas, cuyo bajo arrendamiento podían pagar los miserables que cada día pululaban más en el archipiélago. Al concentrarse las fortunas en este tipo de inversión, las viviendas proliferaron y las rentas, dentro de la carestía imperante, fueron asequibles al pueblo.

No tardaron los gobernantes en aprovechar esta nueva situación. Por lo pronto, los políticos más

"visionarios", por sí mismos, o coludiéndose con empresarios de los más huevones, adquirieron con malas artes los ejidos cincunvecinos a las ciudades, los fraccionaron y los vendieron a precios que multiplicaron la inversión. Una economía en la cual los huevos perdían cada día más su valor, hizo que el pueblo y los inversionistas menores vieran en la adquisición de terrenos una forma de ahorrar a largo plazo, con lo cual el negocio les resultó de maravilla a los políticos y sus coludidos.

Hubo, no obstante, ejidatarios que se negaron a ser despojados de sus tierras así porque sí, y tuvieron la osadía de exigir precios más justos por sus parcelas. Ante estas situaciones, el gobierno optó por "recuperarlas en beneficio público" y en ellas, al grito de "ni ustedes ni nosotros" estableció parques y jardines. A pesar de que todo el mundo se percató de estas maniobras hubo autoridades que, en el colmo del servilismo, pusieron en ellos ridículos letreros cuyo cursilismo sólo puso de manifiesto "el gran arrastre" que tenían frente a las autoridades mayores. Uno de

éstos pudo observarse durante el período del gobernante en turno, el cual rezaba; "Nosotros los niños somos la esperanza, pero ahora queremos ser felices. Te damos las gracias señor presidente Cholo Parima, por este terreno que nos regalaste, en donde nuestros papás (a huevo la aportación) y el gobierno de nuestro Estado, nos construirán un parque" . . . iJa, Ja, Ja! . . . ¿ridículo verdad?. Claro está que en cuanto terminó el período gubernamental del tal Cholo Parima, el letrero fué cambiado por otro. El pueblo observó como se acababa el "agradecimiento de los niños" y estuvieron a la expectativa para ver qué otras sandeces ponían en ese letrero que, afortunadamente para aquellos que tenían que pasar todos los días frente a él, se limitó a señalar que ahí el Estado construiría un parque público. Todos respiraron tranquilos, ya que se temía que el gobernante en turno pusiera algo así como "Este parque se construye para dejar que los niños se acerquen a mi. Teófilo Alpuche".

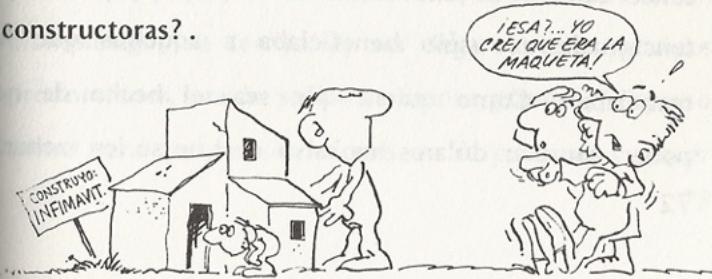
Volviendo a los caseros, éstos pronto observaron que la depreciación constante de los huevos no com-

pensaba ni con mucho la inversión que habían hecho, viéndose obligados a subir constantemente las rentas, imponiendo en cada nuevo contrato rentas más altas, con el consiguiente disgusto de los inquilinos. No tardaron en formarse asociaciones para "poner freno a la voracidad de los casatenientes; para detener el desmedido e inconsiguiente aumento de los alquileres". A nadie se le ocurrió pensar que no sólo los alquileres subían; nadie mencionó la carestía constante de todos los bienes; nadie vió —o nadie quiso ver— que el mal radicaba en la emisión permanente y desmedida de billetes. El pueblo siguió ciego al origen de sus males, recrudeció su odio en contra de los caseros, el cual se encargaron de atizar líderes y gobernantes, hasta que éste último decidió "salvar al pueblo" y congelar la mayoría de las rentas, las gravó con altos impuestos y aún amenazó a los caseros con la Reforma Urbana.

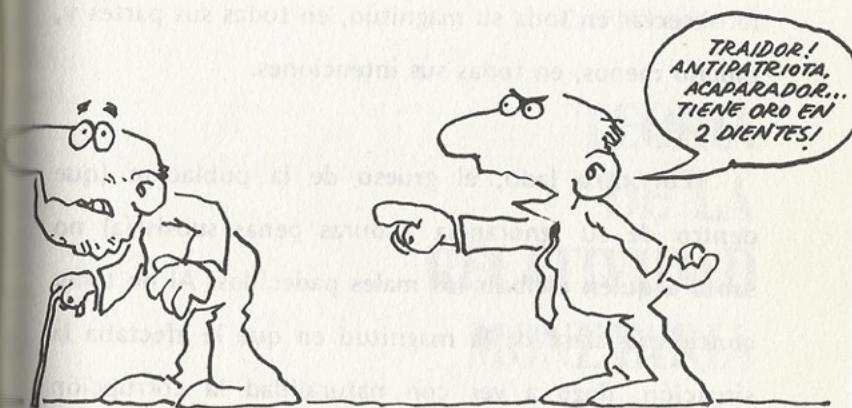
Tales medidas detuvieron de golpe la construcción de viviendas; a las existentes no se les dió el debido mantenimiento y poco a poco se convirtieron en cuchitriles; las "ciudades perdidas" aparecieron y pro-

70

liferaron en las grandes ciudades; los casatenientes se protegieron con contratos leoninos fuera del alcance de las rentas congeladas, y el arrendamiento se hizo cada vez más alto, ya no sólo por el constante encarecimiento de la vida, sino también por la escasez de vivienda provocada por la falta de garantías a los arrendadores. Finalmente, el gobierno se tuvo que enfrentar al problema de la vivienda popular, para lo cual les quitó a las empresas el marbete de socio, les puso el de villano, y las gravó con un impuesto especial para la construcción de casas. Desde luego, las empresas a su vez encarecieron más sus productos afectando con ello a toda la población, en tanto que la recaudación de tal impuesto produjo nuevas oficinas y constructora que se enriquecieron con los contratos a base de coludirse con el gobierno para imponer precios altísimos, a cambio de una calidad muy por debajo de la mínima. ¿Adivina usted quiénes fueron los propietarios de los contratos y las principales empresas constructoras? .



Cuando las inversiones en empresas y viviendas ya no fueron atractivas para aquellos que pretendían conservar sus fortunas —bien o mal habidas— sólo les quedó el recurso de comprar y guardar bienes resistentes de alto valor, como son el oro y la plata, que eran los que con mayor seguridad aumentaban de precio en la loca carrera gubernamental de aventar billeteza a diestra y siniestra, y no digo “a lo tarugo” porque muy lejos estaban de ello. Como se comprenderá, ni en la Isla de los Huevos, ni en las demás del archipiélago se podían comprar dólares, de otra manera, cualquiera hubiera preferido depositar con intereses su dinero en un banco norteamericano, antes que enterrarlo en plata y oro, sin ningún provecho, sólo con la esperanza de que algún día se detuviera la inflación monetaria. En esta forma, los huevones que no se supieron desenvolver en un medio corrupto, conservaron sus ahorros enterrándolos, fuera del alcance caótico de una economía desastroza y mal intencionada que sólo beneficiaba a aquellos que la manejaban. Como quiera que sea, el hecho de no poder comprar dólares los salvó de que se les tachara



de traidores; sobre todo, no se les culpó de la depreciación de la moneda y, si en alguna forma faltaron a su deber en aras de su propia seguridad, fué por el hecho de que nada les importó que el pueblo no tuviera los suficientes huevos para salir adelante por sí mismo y lo abandonaran a su suerte.

Cualquiera hubiera pensado que una situación así habría acabado en un sacudimiento social de proporciones mayúsculas; sin embargo, no se pierda de vista la ignorancia que prevalecía en el grueso de la población; y que, si bien es cierto que se trataba de un archipiélago, su territorio, sin llegar a tener grandes proporciones, era lo suficientemente grande y disperso como para que las situaciones no se pudieran conocer

ni observar en toda su magnitud, en todas sus partes y, mucho menos, en todas sus intenciones.

Por otro lado, el grueso de la población (que dentro de su ignorancia a duras penas subsistía) no sabía a quién atribuir los males padecidos. Al no tener conciencia clara de la magnitud en que le afectaba la situación, llegó a ver con naturalidad la corrupción imperante y, finalmente, se hizo taimada y ventajosa, dicharachera y agresiva, pero sin hacer nada por salir del caos en que se la había sumido. Sin pasar por el patriarcado y el matriarcado, el pueblo llegó rápidamente al desmatriarcado.

Los mecanismos sociales son a veces muy extraños y paradójicos; y la misma miseria de los isleños vino a ayudar finalmente a quienes la habían provocado, rompiendo con ello el último y maltrecho bastión que impedía que el Estado se convirtiera más adelante en el amo absoluto de la Isla de los Huevos y demás circunvecinas, en contra de sus coludidos, los empresarios.

CAPITULO XI

TEORIA DE LA RELATIVIDAD MONETARIA



Desde que los huevos del gobierno fueron los únicos que valían en la isla, los precios empezaron a subir. Los isleños —que en su vida se habían enfrentado a un sistema monetario abusivo y sin control— en principio atribuyeron el fenómeno a razones de oferta y demanda, no sin dejar de extrañarse de que con un huevo ya no pudiera comprarse un blanquillo; es decir, no entendían cómo un huevo ya no valía un huevo.

Su mentalidad no alcanzó a comprender a tiempo esa especie de teoría de la relatividad monetaria, en la cual no son los precios los que suben, sino el poder de compra del papel moneda el que baja.

Esta pérdida del poder adquisitivo de la moneda circulante, se debe a que, al haber muchos billetes en manos de la población, todos tienen, aparentemente, magníficas posibilidades de comprar. Cuando todos quieren comprar y hay pocos bienes en el mercado, los vendedores, por razón natural, venderán al mejor precio, ya que cuando quieran rehacerse de sus mercancías se encontrarán con el mismo problema en las

fuentes originales donde se producen los bienes, ya sean éstos agropecuarios o industrializados, cuyos dueños harán lo mismo: venderán al mejor postor. Sin embargo, la mecánica de este fenómeno económico no es tan difícil de entender. Físicamente cuesta mucho más trabajo producir un kilo de frijoles, que imprimir un billete de diez mil pesos. ¿Por qué entonces con los diez mil pesos se pueden comprar cientos de kilos de frijoles? Porque los billetes son un medio para intercambiar bienes. De otra manera seguiríamos cambiando unos bienes por otros y no existiría ni el comercio ni la producción organizados. Ante una necesidad tan clara, la emisión del papel moneda debe estar debidamente regulada por el estado, sea éste o no el emisor. Sin embargo, cuando el gobierno se convierte en emisor de billetes, tiene de hecho en las manos la facultad de hacer "sus propios billetes", y cambiar el papel moneda por bienes y satisfactores.

Cuando un gobierno se limita a gastar más o menos lo que recibe de impuestos, quiere decir que sólo está gastando lo que las leyes tributarias le con-

ceden. Cuando gasta más emitiendo para ello nuevos billetes, está de hecho cambiando simple papel por mercancías; es decir, está cambiando los segundos que se tarda en hacer un billete, por las horas de esfuerzo que se tardan las personas en producir los bienes que compra con ellos.

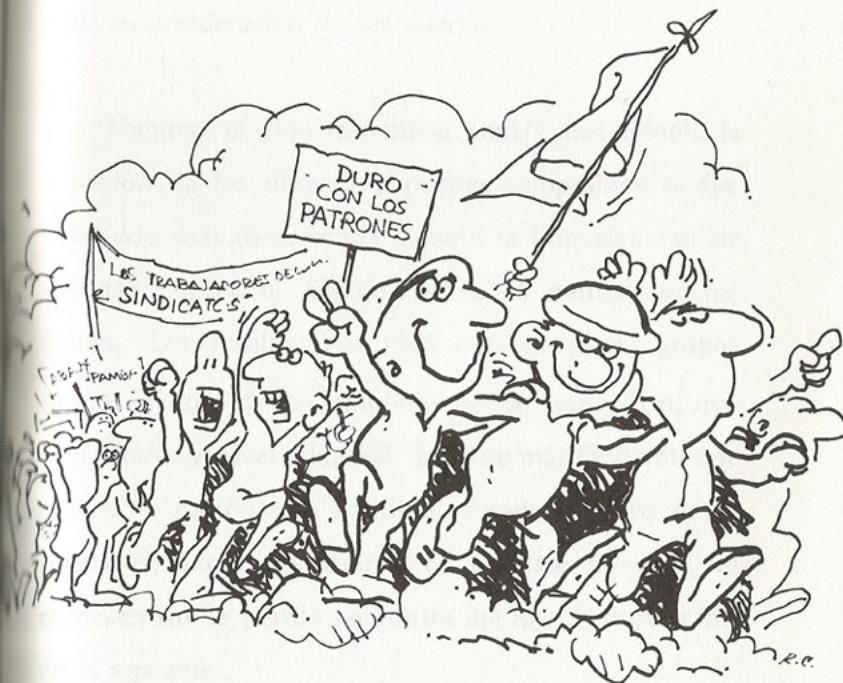


En conclusión: La riqueza de un país está en razón directa de la velocidad con que produce bienes y servicios; y en razón inversa de la velocidad con que produce billetes de banco.

Como quiera que sea, pocas fueron las personas que en la Isla de los Huevos se percataron de esta mecánica económica, puesto que en su corta historia nunca habían tenido una experiencia semejante, razón por la cual el gobierno pudo valerse de la situación para organizar en su apoyo a la clase menesterosa.

CAPITULO XII

LOS SINDICATOS



...y continuaron las protestas en las plazas que en la boca de los campesinos se hicieron con el nombre de **201**
20TAICRIZ, que en su forma original
era: **20TAICRIZ** para defender de la inflación
y para organizar en su trabajo una lucha colectivista.



A medida que los precios fueron subiendo... mejor dicho... a medida que el poder adquisitivo de los huevos fue bajando, los obreros y peones campesinos se vieron afectados más y más en su precaria economía. Los patrones, por su parte, desconcertados ante una economía que se tornaba dudosa en su proyección y obscura en su manejo, se negaron a aceptar que debían tomar medidas en favor de la clase de la cual dependían, y por sistema negaron a éstos toda reconsideración de sus salarios.

Mientras el gobierno isleño emitía más billetes, la situación de los obreros y peones campesinos se fue volviendo más desesperada y, ante la imposibilidad de volverse contra el Estado, se volvió contra sus patrones. Les resultó más fácil organizarse en grupos unidos dentro de las empresas donde trabajaban, que organizarse a nivel nacional. Les fue más fácil volverse contra el patrón que atacar al Estado. Dentro de la pugna de estos dos titanes de la clase huevona, el menesteroso se perfiló en contra del menos organizado en la represión.

Por razones de precio el Estado empezó por apoyar al más rico; empero, pronto se percató de su error y cambió de actitud. Le resultó más conveniente y seguro enfrentar a unos contra otros bajo el principio de "divide y vencerás", pero sin dejar que unos, los menos, acabaran con los más numerosos, puesto que cuando éstos se sintieran tan presionados por la clase poderosa "en pleno", seguramente sobrevendría un sacudimiento social en contra del Estado y los empresarios.

Sin destruir aún a la clase patronal, los gobernantes la atacaron desde entonces por sistema, creando paulatinamente un ambiente hostil entre éstos y sus asalariados.

La mala semilla de la discordia se sembró en ambos grupos y pronto dio sus funestos frutos. En la mente de todos se fue incubando la desconfianza hasta acabar con toda posibilidad de armonía laboral. El grupo patronal llegó a estar plenamente convencido de que todos los trabajadores eran indolentes, flojos e

irresponsables, indignos de toda ayuda, e incapaces de salir de su paupérrima condición, aún cuando para ello se les dieran los medios, cosa que desde luego nunca hicieron. Por su parte, el grupo trabajador pagó con usura ese menosprecio, tasando a todos los patrones como raza explotadora, nutrida con el sudor y aún la sangre de sus asalariados.

Se formaron grupos sindicales que se lanzaron a la huelga. Los patrones, a su vez, se valieron de la situación económica difícil de esta miserable clase social para enfrentarla consigo misma mediante la contratación de esquiroles. Se suscitaron choques violentos entre unos y otros y, cuando el Estado lo consideró conveniente, emitió una serie de leyes en extremo paternalistas que dejaron a la clase empresarial entre dos fuegos: Los sindicatos y los gobernantes.

El derecho de huelga se estableció ampliamente, así como la obligación de revisar cada año los contratos colectivos de trabajo con el fin —se dijo— de que los obreros y peones pudieran recuperar la pérdida del poder adquisitivo de los huevos.

Todo mundo habló del triunfo de la clase trabajadora, surgieron confederaciones de sindicatos, y confederaciones de confederaciones; se hicieron himnos bélicos-laborales y, finalmente, con bombos y platillos se instituyó una fecha para festejar el día del trabajo.

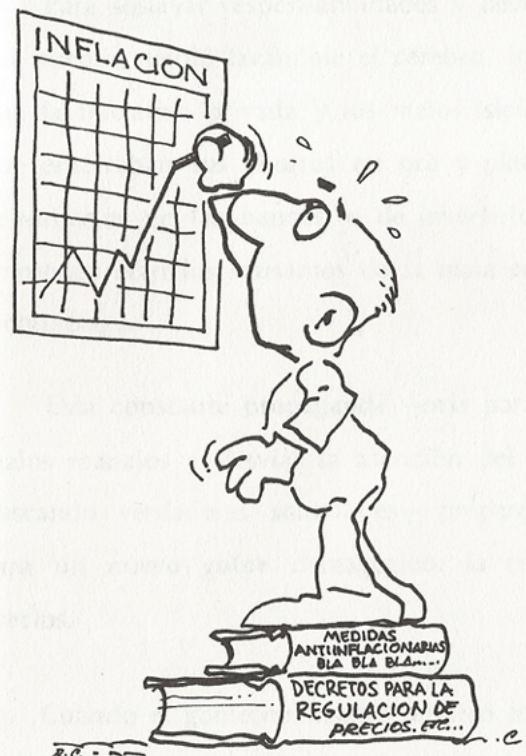


Entre tanta lucha, tanta sangre y la euforia de la victoria de los unos y la triste derrota de los otros, a nadie se le ocurrió pensar que la mejor solución era limitar la emisión de billetes. De esta forma, al no depreciarse la moneda los precios no subirían y, por lo tanto, no habría necesidad de revisiones de contratos. A su vez, sin el problema de esta revisión anual, los sindicatos y las pugnas entre obreros y patrones

serían cosa del pasado. Sin embargo, no fue así, y los sindicatos nacieron en la historia de la Isla de los Huevos.

Desde luego, los líderes sindicales pasaron a formar parte del grupo gubernamental, erigiéndose en el poder legislativo de la isla, al extremo bochornoso de hablar de la "diputación obrera y la diputación campesina" como si los diputados se eligieran por clases y no por sectores de la población, como se acostumbró disfrazar a las elecciones. Con esto la clase menesterosa sufrió una nueva sangría en sus precarios ingresos, ya que independientemente de que a cada aumento de salarios le seguía el necesario aumento de los precios de las mercancías que ellos mismos producían —puesto que todos podían perder menos los patrones— ahora tenían también que mantener, con sus cuotas, a un nuevo grupo de huevones, que no satisfechos con ellas, se hicieron de mayores privilegios dentro de la rapiña estatal.

LA REGULACION DE PRECIOS



LA
REGULACIÓN
DE LOS PRECIOS

El gobierno siguió imponiendo sus huevos. Emitió más y más billetes para poder mantener al número creciente de funcionarios y representantes políticos que vivían de la hueviza, que constantemente emitía, provocando la ininterrumpida carestía que aumentaba cotidianamente.

Para soslayar responsabilidades y desviar el enojo del pueblo, siguió lavándole el cerebro, insistiendo en que la iniciativa privada y los malos isleños (aquellos que enterraban sus ahorros en oro y plata en vez de depositarlos en los bancos, o de invertirlos en nuevas empresas) eran los causantes de la mala economía del archipiélago.

Esta constante propaganda —más para ocultar sus malos manejos y desviar la atención del pueblo, que buscando verdaderas soluciones— preparó el terreno para un nuevo golpe demagógico: la regulación de precios.

Cuando el gobierno insular publicó leyes y reglamentos con los “precios tope” de un sinfín de mer-

cancías, fueron recibidos con agrado y esperanza por el pueblo ignorante, al cual se le convenció de que el encarecimiento de la vida podía detenerse por decreto. ¡Que absurdo! Con tanto huevón improductivo ¿Cómo iban los bienes a alcanzar para todos, cualquiera que fueran los precios obligados?.



Además de los precios oficiales, el Estado creó una empresa que se encargaría de pagar precios de garantía a los productos del campo, la cual se llamó Nacional Distribuidora y Elaboradora de Subsistencias Populares (NA.DI.E.SU.PO). Desde luego, por decreto, se le asignó un presupuesto de miles de millones de

huevos cuyo trabajo de impresión sólo le tomó unas cuantas horas, aumentando aún más la inflación monetaria que padecía el archipiélago.

Tratando con todo su empeño de tapar al sol con los huevos, el gobierno dictó aún algunas otras medidas, como otorgar subsidios a molinos de trigo y panaderías para que el pueblo, cuando menos, tuviera al alcance de sus posibilidades el pan suficiente para sobrevivir.

Esta última medida fue la que acusó las primeras consecuencias negativas. El precio de garantía por tonelada de trigo se fijó en 10,000 huevos, con esto, se pensó que a guisa de salario mínimo, los campesinos ya no serían explotados por los molineros, los cuales tendrían que pagarle un precio superior si querían comprar el trigo que necesitaban.

La NA.DI.E.SU.PO. empezó a comprar el trigo al precio de garantía —con las consecuentes mordidas para no imputarle, fuera verdad o no, basura y hu-

medad excesivas o mala calidad—, y lo vendía a los molineros a 7,000 huevos la tonelada, ya que de otra manera éstos no podrían proveer a los panaderos, al precio oficial, de la harina destinada al pan popular.

Cuando los molineros se presentaban en el campo para adquirir el trigo que les faltaba para trabajar a plena capacidad, el agricultor pedía 11 ó 12 mil huevos por tonelada de este cereal, a lo cual el molinero les respondía “¿estás loco? a mí la NA.DI.E.SU.PO. me la vende en 7,000 huevos, ¿por qué he de pagarte más?” y les enseñaban papeles y facturas para que no tuvieran dudas al respecto.

Como la NA.DI.E.SU.PO. no podía comprar todo el trigo del archipiélago, empezó a extorsionar más y más a los campesinos que querían vender al “precio de garantía” sus cosechas. Por su parte, los molineros no podían pagar más huevos por tonelada de trigo en virtud de que la harina tenía un precio oficial de venta que, con motivo de la inflación, llegó a ser incosteable; sin embargo, para defenderse de esta situación, se

pusieron de acuerdo a través de la Cámara que los agrupaba para no moler más trigo que el subsidiado, más una pequeña cantidad adicional que, por lo reducida, obligaría al campesino a venderles al mismo precio que al gobierno.

Esto provocó: (A) Que al campesino vendiera su trigo a un precio igual al subsidiado cuando se lo vendía a los molineros. (B) Que cuando lo vendían a la NA.DI.E.SU.PO., al “precio de garantía”, los funcionarios de esta institución los extorsionaran con más facilidad (C) Que los molinos no trabajaran ni siquiera a su mediana capacidad, con la consecuente disminución de la producción de harina. (D) Que los campesinos, a su vez, dejaran de producir trigo, ya que su precio de venta se estancó mientras que los otros bienes, no “controlados con precios de garantía”, acusaban de inmediato los aumentos de precio que el exceso de billetes provocaba. (E) La escasez del pan popular que, eso sí, se vendía al precio tope, pero cada día más pequeño.

El desastre no afectó a la clase huevona, ya que,

con posibilidades de comprar, consumía el pan fino y pastelería de las grandes empresas panificadoras que se dedicaron a servirles.

Antes de detener la emisión de billetes, el gobierno pretendió obligar al campesino a sembrar trigo, para lo cual dictó leyes inconstitucionales que sujetaban a determinadas tierras a este cultivo (como sucedió hasta hace poco en México con la caña de azúcar), logrando con ello que tanto tierras como campesinos quedaran ociosos. Finalmente, los "precios de garantía" tuvieron que ser revisados constantemente, disparándose hacia arriba los precios de tan vital alimento, acabando así con la demagógica actitud del gobierno. Lo curioso del caso fue que el pueblo no se inmutara ante este acontecimiento y aceptara los nuevos precios sin más ni más. No faltaron las grandes ideas de los "eruditos" que aconsejaron al pueblo a no comer para que los precios bajaran, como si esto no fuera ya una realidad (en lo que a no comer se refería).

Al gobierno le bastó señalar la voracidad de los



molineros para que el pueblo lo considerara libre de toda culpa, con lo cual pudo continuar con la ardua labor de emitir billete tras billete con más huevos que antes, saliendo a la circulación una gran cantidad de éstos con valor de diez mil huevos.

Otro caso, el de las medicinas, en el cual se coludieron laboratoristas y funcionarios corruptos, puso de manifiesto que la regulación de precios sólo afectaba al pueblo; pero le bastó al Estado señalar a los empresarios como ladrones para que éstos cargaran solos con la culpa. Sucedió que el Estado instituyó en el Archipiélago, por Ley, el Seguro de la Salud, gran idea que si no fuera por la manera corrupta en que se

manejó hubiera dado mejores frutos que aquellos que alcanzó, ya que con esta actitud, los beneficios, como en todo lo demás, llegaron tarde, mal y nunca al campesino, del cual, quierase o no, todo el Archipiélago comía. Por razón natural, este Seguro de la Salud se convirtió en el principalísimo cliente de los laboratorios que producían medicinas.

Los altos funcionarios de esta institución —cuyo objetivo debió ser sagrado, puesto que se creó para que el pueblo no padeciera las enfermedades que lo diezmaban—, antes de convertirse en guardianes del bienestar del pueblo, se dedicaron a saquear sus recursos mediante tratos fraudulentos con aquellos empresarios a los cuales compraban las medicinas que el Instituto consumía en cantidades muy superiores al resto del mercado.

Pronto se hizo común que los precios de las medicinas subieran más rápidamente que el resto de los demás bienes. ¿Por qué razón? porque el suministro de medicamentos al Seguro de la Salud tuvo que

hacerse a precios tan altos como para que dejara las enormes ganancias que usufructuaron tanto los funcionarios como los empresarios corruptos. Estos precios de ninguna manera podían ser inferiores que aquellos que se ofrecían libremente al público en las farmacias, tenían que ser iguales, ya que de otra manera se hubiera puesto de manifiesto el nido de ratas que medraba a costa de la salud del pueblo. Los precios al público no podían ser inferiores que aquellos que se imponían al Instituto del Seguro de la Salud, así que no sólo la maniobra era obligada, también representaba para los laboratoristas una mayor utilidad, en todos los campos, si los precios de las medicinas se aumentaban para todo el mundo.

La regulación de precios, en teoría, debió ser una barrera para evitar que el pueblo fuera sangrado en su economía cuando más quebrantado se encontraba; más aún, debió servir también para imposibilitar las compras fraudulentas de los funcionarios envilecidos, los cuales exigieron cada vez más huevos a los empresarios como condición de compra. Estos últimos no tuvieron

empacho en comprar a las autoridades encargadas de regular los precios; se movieron las influencias dentro del grupo gubernamental al cual pertenecían los funcionarios del Instituto del Seguro de la Salud, y pronto el pueblo se vió esquilmando en cualquier situación en que se encontraba. Los no asegurados tuvieron que comprar las medicinas a precios altísimos, y el Seguro de la Salud, comprando tan caro, se vió imposibilitado de llegar al campo en detrimento de la clase más necesitada: el campesino.

En uno de esos chispazos demagógicos con los cuales los funcionarios públicos envenenaban el sentir del pueblo en contra de los negociantes, para revestirse de una honradez que estaban muy lejos de tener, denunciaron las compras fraudulentas de funcionarios y empresarios, y hasta algunos de ellos entraron momentáneamente en la cárcel; empero, como todos tenían "cola que les pisaran", no pasó de eso, un mero chispazo demagógico, y pronto las cosas volvieron a la anormalidad con que funcionaban, en donde la "regulación de precios" siguió funcionando como un

paliativo que pretendía disfrazar el exceso de billetes en circulación, y amparando los precios exorbitantes que siguieron imponiéndosele al pueblo, mismo que ya no tuvo los huevos suficientes para sobrevivir a sus enfermedades.

A pesar de que se hizo patente la voracidad de los funcionarios públicos, la ciudadanía del Archipiélago, aislada del resto del mundo, no pudo demandar que las medicinas se compraran en otros países, ya que en este caso el gobierno no habría podido argumentar la protección a empresas "nacionales" que en nada beneficiaban al pueblo. Una libre competencia internacional, sin fronteras políticas e ideológicas, en la que las farmacias pudieran adquirir medicinas libremente, a los precios más convenientes, hubiera obligado al Seguro de la Salud a acudir a las mismas fuentes de abastecimiento —en razón de que entonces se podrían comparar los precios de compra del Instituto y los del libre comercio—; los laboratorios se hubieran obligado a bajar sus precios al máximo, sin posibilidad de coludirse con los funcionarios (a menos

LA REPARTICION DEL PAIS

que quisieran compartir con ellos sus ya legítimas ganancias) y se hubiera acabado con la voracidad y corrupción de un grupo nefasto cuya calidad humana se redujo al nivel de los buitres, unos amparados por sus cargos políticos, y los otros por los precios oficiales".

La regulación de precios no sólo resultó inútil para disfrazar la carestía de la vida provocada por el exceso de papel moneda, también, como en el caso del pan, empeoró la ya de por sí desesperada y miserable economía del pueblo en favor de otro grupo más de privilegiados. Fueron aves de rapiña que devoraron, aún antes de morir, a todo aquel que por falta de recursos no pudo ser salvado de enfermedades no necesariamente mortales. ¡Qué conciencia moral tan baja de este grupo! ...pero... también... ¡Qué conciencia cívica tan pobre la de este pueblo!



En una situación tan fuertemente consolidada, en la cual unos a otros se protegían y justificaban dentro de los poderes oficiales, el Estado continuó su desenfrenada emisión de billetes; los precios siguieron aumentando a la par que el grupo parasitario de los huevones; se crearon mil y una dependencias nuevas, entre ellas muchos grupos de represión que se nutrieron con la hez de la población y, del encarecimiento que de todo ello sobrevino, se le echó la culpa a comerciantes y empresarios azuzando contra ellos a sindicatos y asociaciones, hasta que llegó el momento en que la situación se hizo insopportable para el grupo patronal, con cuya claudicación, las empresas pasaron poco a poco a manos de los gobernantes.

No tardaron en surgir las rivalidades entre los mismo grupos del gobierno insular, ya que como resultado de su ambición desmedida, los que llegaban a la cúspide del poder se enquistaban en él. Esto provocó nuevas revueltas y derramamientos de sangre, en los cuales arrastraron a todos los habitantes de la Isla de los Huevos, hasta que finalmente quedó dueño de

la situación un grupo "más compartido", dentro del cual se estableció el compromiso de irse turnando en los puestos gubernamentales principales cada cuatro años.

Cada cambio de gobierno acomodaba mejor a aquellos políticos que más les convenían a los principales, con lo cual, lo único que hacían era cambiar de puestos. Como quien dice, era el mismo dominó las mismas "fichas" y las mismas "mulas".

En el transcurso de esta última etapa de la vida política y económica de la Isla de los Huevos, se trataron de formar nuevos grupos políticos; unos auspiciados por la clase patronal que se sentía despedazada, y otros nacidos de la desesperante situación en que se sumió a la clase trabajadora. Se habló inclusive de que las empresas debían ser de los trabajadores, a lo cual lógicamente se opusieron tanto los patrones como los gobernantes; los primeros porque deseaban regresar a los tiempos en que fueron amos y señores absolutos, y los segundos, simplemente se opusieron porque ya lo eran.

Finalmente la isla entró en una carrera inflacionaria que ya nadie pudo detener, esto se pudo observar completamente con sólo estar pendiente del precio de los blanquillos. De un huevo que costaba en un principio cada blanquillo, su precio fue aumentando hasta costar cientos de huevos. Los billetes de baja denominación fueron desapareciendo, y en su lugar se manejaron los billetes de cien, mil, diez mil y hasta cien mil huevos.

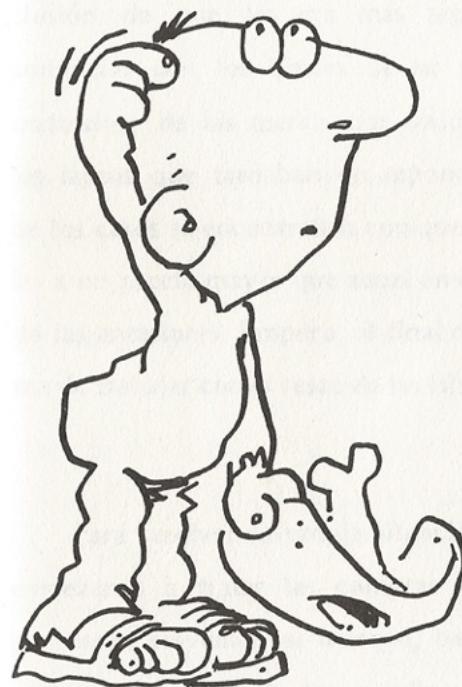
Cada nuevo gobernante que se sucedió en el poder hizo nuevas promesas, nuevas demandas de esfuerzo y nuevos propósitos de enmendar la situación. Aún cuando algunos de éstos fueron bien intencionados: ¡Todo fue inútil! Ya no contó la buena voluntad de aquellos gobernadores que se condolieron de la miserable situación del pueblo. La maquinaria partidista detentadora del poder defendió sus privilegios a capa y espada, aún en contra de sus propios líderes. Las autoridades menores empezaron a extorsionar al pueblo, desconociendo en muchas ocasiones a

sus superiores. Muchos de éstos que no se prestaron a tales maniobras fueron destituidos.

Aquello se convirtió en el Sermón de la Montaña predicado por ladrones y asesinos, hasta que los campesinos —con la intuición que da la desesperación por sobrevivir— dieron con la solución.

CAPITULO XV

LA LOGICA CAMPESINA





Sucedió que en una de las islas más alejadas del archipiélago, los compradores de productos acudían al lugar mucho más constantemente que los vendedores de otras mercancías. Los comerciantes del lugar, a su vez, por razones de la distancia que los separaba de la Isla de los Huevos, no se enteraban a tiempo de las fluctuaciones de la moneda, con lo cual perdían constantemente huevo tras huevo, llegando a la conclusión de que les era más seguro y conveniente comerciar con los bienes de su propia isla, ya que tratándose de las mercancías traídas de las otras, por los lapsos que tardaban en reponerlas, en la mayoría de los casos se encontraban con que había que comprarlas a un precio mayor que aquel en el cual habían vendido las anteriores. Empero, al final encontraron otra forma de trabajar con el resto de las islas.

Para resolver su propia situación, los comerciantes empezaron a tratar las compras de unas mercancías por otras, volviendo al trueque, bajo la idea de que si en un momento dado las que llegaban eran más caras,

las que salían también debían haber aumentado de precio.

La práctica les indicó a los comerciantes que su lógica era equivocada, los satisfactores manufacturados subían más rápidamente que los productos agrícolas; por lo que los comerciantes de afuera siempre querían recibir más mercancías que las que entregaban.

En un principio se supuso que esta actitud se debía a la voracidad de los comerciantes de afuera, tan duramente atacados y despreciados por sindicatos y gobernantes. Para defenderse, los lugareños pidieron permiso de reunión al Gobernante de su propia isla, el cual se los dió sin mayor problema, ya que se trataba de algo muy común entre esa gente que, estando completamente despersonalizada, sólo obraba al impulso de líderes y bajo la seguridad de grupos constituidos, puesto que la experiencia había demostrado que de otra manera, las autoridades nunca hacían caso de nada.

En la reunión se presentaron comerciantes y campesinos, extraña mezcla que les permitió ver el problema en forma más completa. Los campesinos iniciaron la reunión atacando a lo loco y con virulencia inusitada a los comerciantes de afuera; más parecía que buscaban su propio desahogo que la solución del problema. Los matices de estos ataques hicieron pensar a los comerciantes del lugar que, en el fondo, los campesinos, al atacar a sus colegas fuereños, los estaban atacando de hecho a ellos mismos, por lo que en una situación tan molesta pidieron que el asunto se estudiara con calma y desde sus orígenes.

Se hicieron preguntas, se dieron respuestas, y finalmente se llegó a la conclusión de que el comportamiento de los comerciantes fuereños se debía a las circunstancias generales que imperaban en el archipiélago; pero... dentro de esas circunstancias... ¿Por qué los productos de afuera subían más rápidamente que los del lugar?

La pregunta estaba equivocada, no era en función



del lugar, ni de la distancia donde debían buscar la respuesta. Después de elucubrar buen rato sobre ese tema llegaron a la pregunta precisa: ¿Por qué los productos agrícolas y avícolas suben menos rápidamente que los manufacturados?.

La respuesta no era simple, pero la lógica de comerciantes y campesinos unidos los hizo llegar a conclusiones muy interesantes que redactaron en un documento. Estas fueron:

- 1a. La constante emisión de billetes provoca un alza, también constante, de todos los satisfactores, en beneficio de aquellos que fabrican billetes, y en

perjuicio, desde luego, de aquellos que producen los satisfactores.

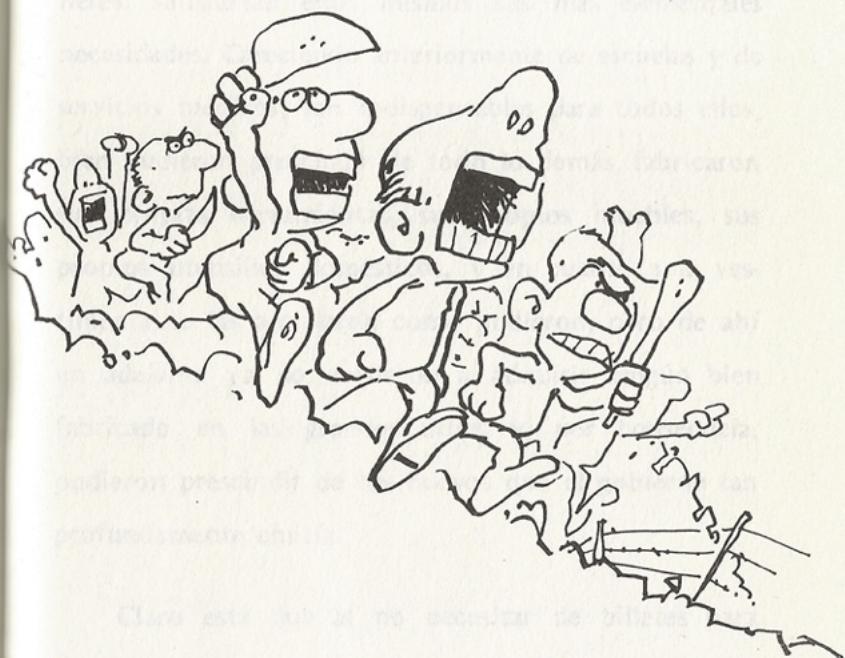
- 2a. La clase privilegiada goza abundantemente de productos manufacturados, casas y residencias lujosamente amuebladas, servidumbre, abundante comida, buenas escuelas y demás privilegios que les dan los billetes.
- 3a. Los obreros productores de los bienes manufacturados, los albañiles que hacen las casas, los ebanistas que fabrican los muebles, la servidumbre, los maestros y demás personas que sirven a los huevones, lo hacen para poder comer ellos mismos y sus familias.
- 4a. Como esa alimentación sale del campo, quiere decir que la manutención de aquellos que sirven a tanto huevón está en las espaldas del campesino, el cual recibe muy poco, casi nada, de todo lo que producen aquellos a quienes mantiene junto con tanto huevón, incluyendo las familias de todos ellos.

- 5a. Los centros urbanos que habitan todos ellos necesitan de servidores que hagan drenajes, construyan banquetas, mantengan jardines y demás servicios que se requieren en una ciudad, y que le son tan ajenos a la gente del campo. La manutención de estos servidores y sus familias también recaen en los campesinos.
- 6a. Los obreros se defienden más o menos de la inflación monetaria a base de sindicatos, y los empresarios se defienden aumentando los precios, lo cual obliga al gobierno a la emisión de más billetes para poder adquirirlos en beneficio de sus miembros y sus servidores.
- 7a. Los empresarios venden sus productos a quienes los puedan pagar; si éstos aumentan de precio, le es más fácil al Estado fabricar billetes, que al campesino juntarlos, ya que éstos primeramente van a dar a manos de los empresarios, después a sus obreros y por último a los campesinos.
- 8a. Las cosechas, siendo cíclicas en su mayoría, provocan que la oferta de los productos del campo se congestione en las fechas de las cosechas, lo cual hace que no se puedan vender a buen precio por razones de oferta y demanda. Es decir, mientras el pueblo consume poco a poco los alimentos, los campesinos los ofrecen todos a un mismo tiempo.
- 9a. Las agrupaciones campesinas sólo han servido para encumbrar a líderes en el grupo gubernamental, los cuales nunca han hecho nada para aliviar la situación. Podrán decir que tornan y hacen, pero la realidad del campesino sigue resultando la misma. Siendo la alimentación lo más importante en todos los seres humanos, cuando se trata de repartir los otros bienes que los demás producen, a los productores de alimentos se les deja al último dentro de una mecánica de distribución injusta y abusiva.
- 10a. En pocas palabras, todos comen del campesino, y

LA LUCHA

éste no recibe mayor cosa de sus conciudadanos. Mantiene huevones, obreros, servidores públicos, fuerzas represivas, empleados, Etc. Etc. Etc. y todos ellos sin aportar gran cosa a dichos campesinos.

La economía de una nación es muy compleja como para que la gente del campo pueda entenderla, siquiera en mínima parte; sin embargo, las conclusiones anteriores habían nacido analizando más la miseria que sufrían que las causas que la provocaban. No les preocupó su ignorancia en este terreno, ni los efectos de una lucha que empezaron a visualizar como el único remedio de sus males. Despues de las conclusiones anteriores discutieron y aprobaron las medidas a seguir, completando con ellas el documento que nació de esa reunión, iniciando así una lucha pacífica que habría de resolver la situación de todo el archipiélago.



Como consecuencia de tal reunión, en la isla se des-
conocieron todas las asociaciones campesinas ante-
riores, incluyendo desde luego a sus líderes. Sin em-
bargo, con el fin de evitar derramamientos de sangre,
no desconocieron a sus gobernantes, aún cuando ganas
no les faltaron.

Después hicieron saber que en virtud de que
recibían tan pocos beneficios del resto de sus congé-
neres, satisfarían ellos mismos sus más elementales
necesidades. Careciendo anteriormente de escuelas y de
servicios médicos, tan indispensables para todos ellos,
bien pudieron prescindir de todo lo demás, fabricaron
sus propias herramientas, sus propios muebles, sus
propios utensilios domésticos, y en cuanto a la ves-
timenta se las arreglaron como pudieron, pero de ahí
en adelante ya no volvieron a adquirir ningún bien
fabricado en las grandes urbes y, por consecuencia,
pudieron prescindir de los huevos que el gobierno tan
profundamente emitía.

Claro está que al no necesitar de billetes para
comprar, los campesinos no necesitaron vender sus

productos, reteniéndolos para sí, aún cuando entre ellos mismos los intercambiaban para complementar sus necesidades, volviendo la isla al elemental trueque.

Pronto el resto de los campesinos del archipiélago siguió el ejemplo de esta isla solitaria, hasta generalizarse el movimiento y llegar inclusive a la Isla de los Huevos, a pesar de residir ahí el gobierno principal del archipiélago.

A medida que el movimiento fue teniendo éxito, las consecuencias se hicieron sentir, los precios de los comestibles subieron exorbitantemente hasta el grado de crearse el mercado negro de ellos.

No faltaron campesinos que aprovecharon esta situación para vender sus cosechas a buen precio; sin embargo, la comunidad campesina los repudió de inmediato.

Por su parte, el Estado acusó al movimiento de antipatriota, después de traidor, y finalmente de

enemigo de la humanidad, sin lograr con ello que éste cediera. Como último recurso, emitió una ley que fijaba a los campesinos un impuesto en razón de la cantidad de granos y productos que tuvieran en su poder, pagadero en especie.

Como respuesta, los agricultores amenazaron con quemar sus cosechas si el Estado se atrevía a entrar a sus graneros, deteniendo así toda acción de gobierno.



Para ésto, cuando los primeros disidentes se percataron de que sus ideas cundían por todo el archipiélago, fueron organizando nuevos grupos y aún haciendo labor de proselitismo, sin olvidar fijar un objetivo final más ambicioso, toda vez que en su origen, sólo habían considerado el repudio de los huevos como una forma de defenderse de los efectos de tan desmedida emisión de billetes.

Después de tormentosa asamblea, los campesinos decidieron hacer solamente dos peticiones al gobierno, en beneficio de ellos mismos y de todo el pueblo, para lo cual formularon el siguiente documento al estilo oficial:

La Unión Campesina exige, para deponer su actitud, que se giren leyes y se formen organismos eficientes que garanticen el cumplimiento de las siguientes peticiones:

PRIMERA: Todo billete de banco que emita el Estado debe ser canjeable, a la vista, por los bie-

nes que ampara, bien definidos en su peso y calidad, ya sean huevos o plata, sin que pueda cambiarse ese talón. Si se trata de un determinado peso en plata, éste no podrá ser reducido en dicho peso, ni cambiado en su ley. De esta manera, los precios de las mercancías podrán fijarse siempre en función de una cierta cantidad de bienes bien conocida por todos.

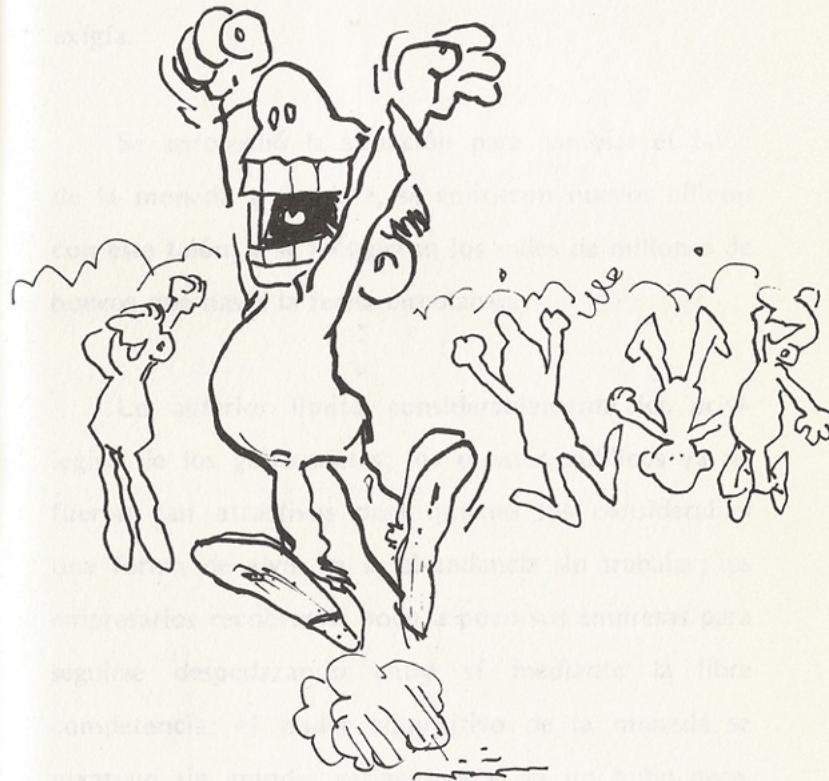
SEGUNDA: Los gastos anuales del Estado se limitarán, rigurosamente, a la cantidad de impuestos que se recauden conforme a las leyes fiscales. A esta recaudación se le agregará una emisión adicional de papel moneda que se calculará en proporción al aumento anual de la población de las islas; más un dos por ciento calculado sobre el total de la moneda en circulación para reponer aquellos billetes que se pierdan o destruyan por su uso. De esta manera, siempre

habrá una misma proporción de billetes entre la población, aún cuando ésta aumente.

Un solo día que no sea documentado más que en los libros de los países más avanzados, es suficiente para demostrar que el efecto de la inflación no es tanto en la cantidad de billetes que se emiten como en la velocidad con la cual se realizan las transacciones. Los billetes que se imprimen en un país que no tiene una economía estable no sirven para nada.

Después de tormentosa discusión, los competidores hacen suavizar sus peleas al votar la medida que se oponen a la emisión de billetes de banco. El resultado es que el Congreso aprueba la ley que establece la Comisión de Estabilidad Monetaria, la cual se encargará de establecer normas para la emisión de billetes de banco. La medida se vota con gran mayoría y se aprueba el 15 de junio de 1933.

La medida que da de dos competidores y que establece la medida de la inflación. Y pronto se cierra la adhesión de los competidores. De todo el país se oyen voces que dice que esta medida es la mejor para los competidores. Algunos dicen que la medida es la mejor para el país, y otros dicen que la medida es la mejor para el pueblo. Se vota la medida y se aprueba la medida.



CAPITULO XVII

LA VICTORIA



Las peticiones de los campesinos se publicaron mediante volantes en todo el archipiélago, y pronto recibió la adhesión de los obreros de todo el pequeño país, lográndose con ello una coalición tal, que pudo imponer sus condiciones al Estado, cediendo éste después de varias escaramuzas y maniobras tendenciosas, para finalmente obrar como el pueblo se lo exigía.

Se aprovechó la situación para cambiar el talón de la moneda a la plata, se emitieron nuevos billetes con este talón, y se recogieron los miles de millones de huevos que hasta la fecha circulaban.

Lo anterior limitó considerablemente los privilegios de los gobernantes; los puestos públicos ya no fueron tan atractivos para quienes los consideraban una forma de vivir en la abundancia sin trabajar; los empresarios recobraron poco a poco sus empresas para seguirse despedazando entre sí mediante la libre competencia; el poder adquisitivo de la moneda se mantuvo sin grandes variaciones y ya no hubo nece-

sidad de revisiones periódicas de contratos; la armonía obrero patronal llegó a límites insospechados; los sindicatos, líderes, cuotas, huelgas, confederaciones y confederaciones de confederaciones desaparecieron . . .

... SE DEROGARON TODOS LOS REGLAMENTOS UTOPICOS Y CON ELLOS TERMINO LA EXTORSION OBLIGADA . . .

... SE ACABARON LOS PRECIOS OFICIALES . . .

... EL ESTADO VENDIO LAS EMPRESAS QUE TAN MAL MANEJABA . . .

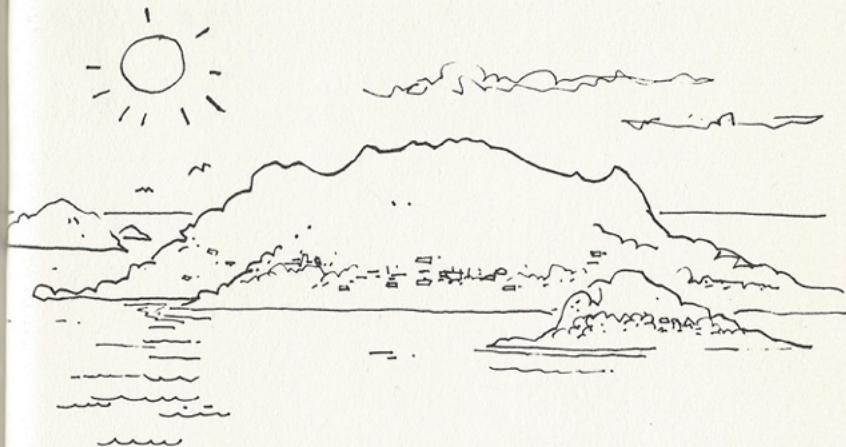
... LOS IMPUESTOS FUERON MAS JUSTOS . . .

... LAS MEDICINAS Y VIVERES ALCANZARON PARA TODOS . . .

... LOS ISLEÑOS RECOBRARON SU INDIVIDUALIDAD CIUDADANA . . .

... DESAPARECIERON LOS HUEVONES DE PRIMERA, Y . . .

... COMO NO HABIA EMBAJADAS, ¡TODOS SE PU-
SIERON A TRABAJAR!



Esta edición se elaboró en los talleres lito-
gráficos de **Ediciones Culturales Mexica-
nas, S.A.** Gabino Barreda 93, México 4,
D. F. se terminó de imprimir en octubre
1977, y consta de 5000 ejemplares.

Cornell University Library
PQ 7298.16.U2218

La isla de los huevos :un cuento tercero



3 1924 007 922 366

olin

